
AALHOLM SLOT

Índice

PRÓLOGO **2**
Las anguilas 2

PRIMERA PARTE: EL REY EN EL SÓTANO **4**
1. 1329 – Un reino a subasta 4
2. 1330 – La carta del conde 5
3. 1332 – El sótano 6
4. 1342–1360 – Atterdag 8
5. 1359 – La prohibición de Aalholm 9
6. 1362–1366 – La mesa donde se troceó el Norte . . 11
7. 1366 – Los presos, la princesa y los cuatro escribanos 12
8. 1368 – El hombre que salió hablando 13
9. 1376 – Dos reyes para una corona 15
10. 1377 – El emperador cita a juicio 17
11. 1394 – La mujer más poderosa del Norte 18
12. 1394 – Los pacificadores que acabaron presos . . 20
13. 1409–1471 – La caravana de los reyes 22
14. 1423 – El gobernador y la alianza eterna 23
15. 1460 – El usufructo de viudedad 25
16. 1503 – El rey Hans 26

SEGUNDA PARTE: LA ISLA DE LAS REINAS **29**
17. 1516–1526 – La pensión de las viudas 29
18. 1517 – El gobernador y la muerte de Dyveke . . . 30
19. 1533–1534 – El año en que llegaron los campesinos 32

20. 1538–1551 – El rey que lo recuperó 34
21. 1556 – La carta del rey 34
22. 1559 – Los campesinos y la carta del rey depuesto 35
23. 1581–1585 – El muro 37
24. 1588–1611 – La reina de los bueyes 38
25. 1628–1634 – El gobernador que dijo que no . . . 39
26. 1658 – Sobre el hielo 40
27. 1658–1725 – La factura 41
28. 1662 – El distrito que sobrevivió a su castillo . . . 43
29. 1717 – Polvos para las pelucas 44
30. 1719 – Cuatro jinetes en la cárcel 46

TERCERA PARTE: LA VIUDA QUE COMPRÓ UN CASTILLO 47
31. 1725–1734 – Emerentia 47
32. 1746 – La capilla 48
33. 1749–1783 – El diario del conde 49
34. 1765 – Las focas del conde 51
35. 1770 – El código secreto del conde 53
36. 1791–1838 – El conde que medía las estrellas . . 55
37. 1830 – Llegan los anticuarios 57
38. 1838 – El conde loco 58
39. 1843 – El rey y la reina en Nysted 59
40. 1864 – Los doce del cementerio 61
41. 1865 – El conde loco en Rydhave 63
42. 1869 – El castillo de la torre de las estrellas . . . 65
43. 1874 – El poeta en el jardín del castillo 67
44. 1875 – El nombre 68
45. 1880–1881 – El Tribunal Supremo 69

CUARTA PARTE: LA EXCELENCIA 71
46. 1882 – El joven y el jardín 71
47. 1884 – El inglés y los faisanes 72

48. 1885 – Las águilas reales 74
49. 1885–1889 – El castillo recibe su cara 75
50. 1890 – La montería que nunca fue 77
51. 1891–1908 – La lista de invitados 79
52. 1901 – El pueblo empieza su diario 80
53. 1903 – El hijo del campesino del brezal 81
54. 1905 – El ministro 84
55. 1905 – Noruega se busca un rey 85
56. 1908 – El conde va a ver al rey 87
57. 1909 – El médico que escribió la historia del pueblo 89
58. 1913 – Llega el rey 91
59. 1915–1921 – La factura, segunda parte 92
60. 1920 – La hora decisiva de las casas señoriales . . 93
61. 1931 – El jardín encuentra a su historiador 94
62. 1933 – Adiós 95

QUINTA PARTE: EL BARÓN DE LOS COCHES 97
63. 1940–1955 – La restauración que se quedó a medias 97
64. 1944 – La película 98
65. 1964–1972 – Gasolina en las venas 99
66. 1965 – El hombre que leía los muros 100
67. 1968–1989 – Un tren de vapor, un caza y una cabina de teléfonos 102
68. La Riviera – El chófer va por delante 104
69. 1989 – Oscuro y trece grados 105
70. 1990–1991 – El túnel y el tesoro 105
71. 1992–1996 – La herencia envenenada 106
72. 1997 – Dinero de cerveza para Aalholm 110

EPÍLOGO: LA CUARTA CAMPAÑA 112
73. 1995–2012 – El multimillonario que coleccionaba castillos 112
74. 2019 – Después de 2019 113

75. Hoy – Los que se quedaron 113

CLAVE DE FUENTES **116**

Al lector. – Todo lo que se cuenta en este libro se apoya en las ciento seis historias reunidas en aalholmslot.dk: fechas, nombres, sumas de dinero, cartas selladas y viejas leyendas. Esa gente existió, y la mayor parte de lo que hizo está en las fuentes. Lo que no está es cómo sonaban sus voces, qué tiempo hacía o qué se dijo con la puerta cerrada. Eso lo ha puesto el narrador, y solo donde la historia se calla. Al final del libro hay una clave de fuentes que indica dónde ha ido a parar cada una de esas historias.

PRÓLOGO

Las anguilas

Antes de que hubiera reyes en la isla, hubo anguilas.

Llegaban en otoño, cuando las noches se alargaban y el agua de la albufera se ponía color plomo. Entraban por la estrecha bocana de Nysted a miles, brillantes y tozudas, camino del lago de agua dulce que había detrás del islote. Los pescadores conocían sus rutas de toda la vida. Ponían las nasas donde el agua salada se encuentra con la dulce, y al sitio lo llamaron como había que llamarlo: Ålholmen, el islote de las anguilas.

Un día, a finales del siglo XIII, un hombre se plantó en ese islote. Las anguilas le importaban un pimiento.

Miraba el agua. Vio que la tierra era plana como una mesa de taberna, que ninguna barca podía entrar por la bocana sin que la vieran y que ningún jinete podía bajar por el camino del norte sin que lo contaran. Agua por todas partes. Y al sur, justo detrás de ese horizonte bajo, los condes de Holstein echaban cuentas de cuánto podía valer el reino de Dinamarca.

Aquel hombre era el rey. ¿Cuál? Los eruditos todavía discuten.

Las fuentes dicen 1256 y dicen que el viejo castillo de Refshale había caído y hacía falta otro. Pero lo que pensó aquel día lo sabemos mejor que si lo hubiera dictado, porque lo escribió en ladrillo. Pensó: *aquí*.

Y se construyó. Ladrillo rojo de monje sobre cimientos de cantos rodados, un rectángulo de setenta y cuatro metros por treinta, torres en las esquinas y muros tan gordos que un hombre podía tumbarse atravesado en el hueco de una ventana. Cuando terminaron, Dinamarca tenía hacia el sur una puerta que se podía cerrar.

Al rey la belleza le traía sin cuidado. No había visto la puesta de sol sobre la albufera ni las garzas a la pata coja en el agua somera. Había visto ángulos de tiro.

La belleza vino después. Llegó con reinas, con condes jardineros, con los osos disecados de un profesor medio chiflado y con un barón que quería más a los coches que a la tierra. Pero durante setecientos años, quien quiso algo de Lolland tuvo que vérselas con aquel islote plano.

Unos vinieron con un ejército. Otros con vestido de novia. Y algunos con grilletes en los tobillos.

Y cada otoño, mandara quien mandara en el castillo, las anguilas volvían.

PRIMERA PARTE: EL REY EN EL SÓTANO

1. 1329 – Un reino a subasta

Hay reyes que pierden la corona de golpe, en un campo de batalla. Cristóbal II la perdió como se pierde una fortuna: poco a poco, a base de deudas pequeñas.

Subió al trono en 1320 tras firmar una carta de condiciones tan estrecha que habría convertido en rebelde a un santo. Cristóbal no era un santo. La fue incumpliendo punto por punto y cada incumplimiento lo pagó con tierras. Ocho años después ya no le quedaba mucha tierra. Le quedaban las islas.

Imagínenselo en Ringsted, en el acuerdo con el que Aalholm aparece por primera vez en los papeles: un hombre pesado, de cara pesada, rodeado de señores holsteinianos que hablaban danés con acento alemán y echaban cuentas más deprisa de lo que él pensaba. Enfrente, su medio hermano, el conde Juan de Plön, al que llamaban Juan el Manso. Si era ironía o es que no había con quién compararlo, eso que lo decida cada cual.

—Lolland y Falster —dijo el conde—. Con los castillos. Con Aalholm.

—En prenda, hermano. Hasta que se devuelva el dinero.

—Faltaría más —dijo Juan el Manso, y sonrió.

Y todos en aquella mesa sabían que el dinero no se iba a devolver jamás. Cristóbal no había devuelto nada a nadie en su vida. Y un reino que ya no se pertenece a sí mismo no puede comprarse de vuelta.

Se selló el trato. Aalholm cambió de amo sin que nadie desenvainara. El rey volvió a casa con dinero para una guerra que ya había perdido, y el conde Juan mandó a su gente al islote de la albufera.

Los reyes que empeñan su reino creen siempre que solo lo prestan. La historia, casi siempre, les demuestra que lo han vendido.

2. 1330 – La carta del conde

La carta más antigua que tenemos de Aalholm es una carta de donación. Bonita manera de empezar, no me digan.

El conde Juan, instalado en el castillo, escribió a los curas de Lolland. Les daba algo —tierras, derechos, da igual qué— y le estampaba su sello. Es una carta amable, casi zalamera. La carta de un forastero que sabe perfectamente que no lo quieren y que empieza por ganarse a los que hablan con Dios, ya que no puede ganarse a los que aran.

Tonto no era Juan. Hizo subir los muros, poner torres, plantar soldados holsteinianos en la muralla y escribanos holsteinianos en la cancillería. A los pescadores de anguilas les dejó sus nasas. Con los que traen la comida no se pelea uno.

Pero tenía una piedra en el zapato, y se llamaba Cristóbal.

Porque el rey depuesto seguía vivo. Andaba por el reino que había sido suyo, un mendigo con corona, y por donde pasaba se agitaba el personal. Campesinos que no querían pagar impuestos a un holsteiniano. Caballeros que habían hecho mal las cuentas y ahora se arrepentían. Un rey débil sigue siendo un rey. Y un rey débil vivo da más guerra que uno fuerte muerto.

En 1331 Cristóbal probó suerte por última vez. Le salió fatal. Y entonces solo quedaba un sitio donde meterlo: uno donde nadie pudiera alcanzarlo y todo el mundo supiera quién tenía la llave.

Lo mandaron a Aalholm.

3. 1332 – El sótano

El rey de Dinamarca vivía de realquilado en casa de un noble, Peder Hvitfeldt, en una casa de piedra con tejado de juncos en Sakskøbing. Eso era lo que le quedaba en 1332: una cama bajo techo ajeno en el país que él mismo había empeñado tres años antes.

Dos hidalgos de poca monta, Henneke Breide y Johan Ellemose, tuvieron una idea tan simple como canalla. Un rey, por muy depuesto que estuviera, algo valdría de rescate. Así que

prendieron fuego a la casa.

Cristóbal saltó por la ventana, entre el humo. Abajo lo estaban esperando.

Lo llevaron a Aalholm, por la puerta del castillo que él mismo había mandado reforzar y donde ahora mandaba su medio hermano. Según las crónicas, el conde Juan estaba allí ese día. Imaginen la escena: en el patio, cara a cara, dos hijos de la misma madre. Uno negro de hollín y con las manos atadas. El otro, amo de medio reino.

—Vaya, hermano —pudo decir Juan—. Aquí estás mejor alojado que en casa de Hvitfeldt.

No lo sabemos. Lo que sí sabemos es que no movió un dedo por él.

La mazmorra bajo la torre noroeste sigue ahí. Se baja por escalones estrechos, la luz se vuelve gris y se apaga, y entonces llega un frío que no tiene nada que ver con la estación. Los muros miden tres metros. La albufera no se oye. Paja en el suelo, un camastro, un cubo y una rendija de luz. No era una cámara de tortura. Era un almacén donde se guarda la mercancía hasta que llega el comprador.

El comprador no llegó nunca.

Eso es lo más cruel de toda la historia: los secuestradores querían vender un rey y descubrieron que nadie lo quería. El conde Juan, cuenta un libro popular de 1869, «no hizo caso alguno de su medio hermano y lo dejó marchar enseguida». No fue piedad. Fue desprecio. Mandaron a Cristóbal a Nykøbing

como hombre libre, y la libertad no le devolvió nada.

Allí murió el 2 de agosto de 1332, de pena, dicen las crónicas, que adoran esa clase de muertes. Lo enterraron en Sorø. Para entonces toda Dinamarca estaba empeñada, y el reino se pasó ocho años sin rey, como una casa a la que le han vendido hasta las cerraduras.

Quienes bajan hoy al sótano notan un silencio raro. Unos dicen que son las piedras. Otros no dicen nada y suben a toda prisa.

4. 1342–1360 – Atterdag

Era el hijo pequeño y se había criado fuera, en la corte del emperador. Y en las cortes imperiales se aprende la virtud más útil de un rey: la paciencia.

Valdemar volvió a casa en 1340 con el apellido de su padre y poco más. El reino seguía empeñado y los holsteinianos seguían en Aalholm. Pero Valdemar no se parecía a su padre. Sabía contar, sabía esperar y sabía que un reino no se recupera de un bocado, sino castillo a castillo.

Ya en 1342 el hombre del conde en Aalholm escribía a Holstein quejándose de «la grosera arrogancia del rey». Una joya de frase. Nos dice que aquel muchacho, que no tenía ni dinero ni ejército, ya se paseaba por Lolland como si fuera suyo.

En 1346 lo era. Sin batalla y sin hazañas: con dinero, presión y paciencia, hasta que Holstein soltó la presa. Valdemar entró en Aalholm como primer rey danés en dieciocho años, miró las

torres, las mandó reforzar y luego hizo algo que ningún rey hizo antes ni después: nombró a su propio hijo, Cristóbal, duque de Lolland.

El chaval llevaba el nombre del abuelo que se había podrido en el sótano. Ahora tenía su corte en el piso de arriba. En 1360 dio privilegios a Nysted «en nuestro castillo de Ålholm», y casi se oye la alegría en esas palabras. *Nuestro castillo.* No el del conde. No el del prestamista.

A Valdemar le pusieron *Atterdag*, «otra vez de día», porque hizo que volviera a amanecer. El duque murió en 1363 de una herida recibida en los combates de Helsingborg, y el rey se quedó sin su único hijo. Pero Aalholm era danés. Y así siguió.

5. 1359 – La prohibición de Aalholm

En la primavera de 1359 Dinamarca estaba en guerra consigo misma, que es la peor de las guerras.

Valdemar reunía el reino a base de quitar: tierras, impuestos y las fincas de la Corona que los magnates se habían quedado durante los años sin rey. Jutlandia estaba en rebelión, en Fionia se peleaban por los castillos, y en medio de los ejércitos estaban iglesias y conventos sin más defensa que sus rezos.

El mal tenía un nombre inocente: *gæsteri*, el derecho de hospedaje. Reyes y obispos podían alojarse con toda su comitiva unos cuantos días al año. Pero en tiempos de guerra, con partidas armadas recorriendo el país, de la hospitalidad al saqueo había

un paso. Los obispos escribieron al rey: monjes y monjas tenían que dejar sus conventos para mendigar el pan, los curas iban a acabar echados del altar, y todo por culpa de *gentes impías y vagabundas*.

El lunes 29 de abril de 1359, Valdemar Atterdag, en Aalholm, contestó.

Prohibió, so pena de perder su favor, que ninguno de sus alcaides, ni su gente, ni nadie de ninguna condición, cargara en adelante a curas y conventos con hospedajes forzosos e impuestos ilegales. Quien lo hiciera conocería la venganza del rey.

Y ojo a la trampa, que tiene miga. Los primeros que salen nombrados como posibles culpables son los alcaides del propio rey. Y esos mismos alcaides, junto con los obispos, son los encargados de castigar a los culpables. Valdemar convirtió a sus propios hombres en la enfermedad y en la medicina. Así hacen los reyes que saben mandar: de los primeros que desconfían es de los suyos.

La carta termina en latín: *Datum Aleholm nostro sub sigillo et in presencia nostra.* Se mandó al menos en dos copias. Una a la Jutlandia rebelde y otra a la diócesis de Odense, y la pista de esa segunda lleva derechita a Lolland: en 1589 los curas de la isla la sacaron para defender sus derechos, y en 1626 el original seguía en la iglesia de Stokkemarke. Doscientos cincuenta años guardaron los curas la carta del rey, como se guarda un arma que uno espera no tener que usar nunca.

En Pentecostés del año siguiente, en Kalundborg, la prohibición se hizo ley para todo el reino. Reunir un reino no es solo reconquistar castillos. Es también poner límites a los que llevan la espada. Aquel día, uno de esos límites se trazó desde una isla plana de la albufera de Nysted.

6. 1362–1366 – La mesa donde se troceó el Norte

En aquellos años Aalholm era menos un castillo que una mesa de negociaciones. Y en el siglo XIV en las mesas de negociación se decidían más destinos que en los campos de batalla.

En 1362 Valdemar recibió a Alberto de Mecklemburgo, un duque alemán con una barba casi tan grande como su ambición. Entre los dos se repartieron el Norte como quien corta una tarta: qué trozo de Suecia para cada uno, por dónde iba la frontera y quién se casaba con quién. El salón de Aalholm oyó en esos años más alta política que cualquier otra sala de Dinamarca.

En julio de 1366 volvió y firmó con el mismo Alberto una alianza secreta… contra su propio yerno, el rey Håkon de Noruega. Se la conoce como el tratado de Ålholm. Pocos castillos daneses han dado nombre a la alta política. Y menos todavía a un pacto que la propia hija del rey, con toda probabilidad, no debía conocer.

Las cenas familiares del siglo XIV no eran para almas sensibles.

Pero la suerte se gira para todos. En 1368 las ciudades de la

Hansa, Holstein, Suecia y Mecklemburgo se le echaron encima a la vez, y el rey tuvo que salir del país por piernas. Dejó los castillos a sus alcaides y el alma a Dios.

En Aalholm el alcaide era un caballero llamado Kersten Kule.

7. 1366 – Los presos, la princesa y los cuatro escribanos

El 28 de julio de 1366 en Aalholm se escribió de algo más que de reinos.

Entre las grandes cláusulas que recuerdan los historiadores se colaban preguntas pequeñas que nadie se molesta en contar. ¿Quién salía de la cárcel? ¿Qué deudas viejas se borraban? ¿Y qué pasaba con lo que le habían prometido a la hija del rey?

Una carta hablaba de gente sin nombre. El rey Alberto de Suecia y los duques de Mecklemburgo escribían que habían acordado con Valdemar soltar a los presos de ambos bandos capturados desde Pentecostés, y que los rescates pactados quedaban anulados. Esa era la cláusula buena. Una libertad que hay que pagar no es más que una deuda disfrazada. En algún rincón del Báltico había un par de docenas de suecos y daneses metidos en torres. Un día de julio, sin saberlo, se quedaron sin grilletes y sin deudas gracias a un trozo de pergamino de Lolland.

Otra carta cerraba una cuenta vieja: diez mil marcos de

plata fina. Wismar y Rostock se habían apuntado al asedio de Helsingborg cuando había paz con Mecklemburgo. El conde Adolfo de Holstein arbitró, el duque pagó, y Valdemar juró que ni él ni sus sucesores volverían a sacar el tema. Las peleas más caras no son las que se pagan. Son las que se reabren.

Pero no todo se perdonó. En una tercera carta Valdemar perdonaba al rey de Suecia y a los duques todos sus incumplimientos… menos uno: el usufructo de viudedad de su hija Ingeborg, casada con el duque Enrique de Mecklemburgo. El padre dio de plazo hasta San Martín de 1368, pero no soltó ni un hilo. Si Ingeborg estaba allí, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que aquel día, mientras los reyes se abrazaban, un padre plantó cara por los derechos de su hija.

Y todo aquello había que escribirlo bien. Los editores del *Diplomatarium Danicum* han encontrado cuatro letras distintas en los nueve tratados de Aalholm, y se conservan borradores llenos de tachones y correcciones. Imagínenlos en una sala del ala norte, la luz de la albufera sobre el pergamino y el tintero en la mano: cuatro tipos vigilando que una coma no soltara a un preso de más ni se tragara la pensión de una princesa.

Los reyes decidían. Los escribanos hacían que aguantara.

8. 1368 – El hombre que salió hablando

En septiembre de 1368 el conde Enrique de Holstein desembarcó en Lolland con un ejército que le habían traído los barcos de la

Hansa. Lo llamaban Enrique de Hierro, y no venía a charlar. Los castillos del rey caían como bolos. Ahora lo tenían delante de Aalholm.

Dentro estaba don Kersten Kule. Héroe de guerra no era, y sabía perfectamente cómo andaba el granero: pocos hombres, poco grano y ningún rey al que mandar recado. Pero también sabía cómo andaba el enemigo: un ejército que no podía pasarse el invierno en el barro delante de un castillo rodeado de agua.

Así que Kule se puso a hablar.

—Señor conde —pudo decirle—, ¿para qué pasar frío bajo nuestros muros ahora que llega el invierno? Deme hasta el primero de mayo. Y entonces decidimos qué pasa con los castillos.

El 8 de septiembre de 1368 firmó una tregua para todo Lolland, y tres días después el alcaide de Ravnsborg hizo lo mismo. Cada uno se quedaba con lo suyo hasta el 1 de mayo de 1369, el ejército podía largarse y nadie pasaba hambre. Enrique de Hierro dijo que sí. Al fin y al cabo era una rendición. A plazos.

Llegó el 1 de mayo. Y pasó. Aalholm no se entregó. Resultó que había ciertas oscuridades en el acuerdo, ciertas cartas que había que cotejar, ciertas negociaciones que no estaban del todo cerradas. En noviembre Valdemar hizo la paz con la Hansa. Y todavía en septiembre de 1370 Kersten Kule estaba en Bardewick con el duque de Brunswick-Luneburgo jurando con la cara más seria del mundo que, por supuesto, los castillos se entregarían en cuanto estuvieran «plenamente de acuerdo en

todas las negociaciones y cartas».

Nunca se pusieron plenamente de acuerdo.

Cuando el rey volvió, Aalholm seguía en pie, intacto, y Kule en la muralla. El libro popular de 1869 dice secamente que los dos alcaides «obraron, por lo visto, con mucha cordura». No disparó ni una flecha. Escribió cartas, pidió prórrogas y dejó que el calendario peleara por él.

Es la mayor hazaña que puede hacer un funcionario. También la más rara, porque nadie le escribe un romance.

9. 1376 – Dos reyes para una corona

Valdemar Atterdag murió el 24 de octubre de 1375 y dejó un reino sin hijo varón, que para un reino es la peor de las enfermedades.

Quedaban los nietos. La hija mayor, Ingeborg, le había dado al duque Enrique de Mecklemburgo un hijo, Alberto. La pequeña, Margarita, le había dado al rey Håkon de Noruega un niño de cinco años, Oluf. Dinamarca era reino electivo, pero los mecklemburgueses no esperaron a ninguna elección. A los pocos meses del entierro, el joven Alberto ya firmaba sus cartas como *rey Alberto de Dinamarca*. Mucho título para un muchacho que no tenía ni un palmo de tierra en el país.

El 21 de enero de 1376 la familia y sus amigos se reunieron en Grevesmühlen para comprar la ayuda que convirtiera el título en corona. El precio fue Aalholm.

El pergamino está en Schwerin con veintisiete sellos de cera

colgando. En él, el «rey de Dinamarca» de quince años y los duques reconocen deber a los condes de Holstein treinta mil marcos de plata, y empeñan por ellos Ålholm, Ravnsborg y todo Lolland, con Kolding, Ribe y Sejerø de propina. Alberto empeñaba un castillo que no había visto en su vida. Así son los aspirantes a trono: se gastan la herencia antes de cobrarla.

Pero en Aalholm mandaba el capitán Henning Schacht, y ese iba con los otros. Seis semanas después de Grevesmühlen, el 4 de marzo, el duque Bogislao VI de Pomerania estaba en el patio del castillo jurando apoyar a Oluf, a Håkon y a la reina Margarita «con todas sus fuerzas». Mientras vendían el castillo en Alemania, dentro de sus muros se sellaba la alianza del bando contrario.

Ese mismo día el arzobispo de Lund y los grandes se declaraban por Oluf en Roskilde, y el emperador Carlos IV, muy al sur, prometía a los mecklemburgueses ayuda para conquistar Dinamarca. El 4 de marzo de 1376 había dos bandos a cada orilla del Báltico trabajando para dos reyes distintos, y Aalholm justo en medio, como la moneda de oro encima de la mesa de juego.

Margarita ganó la primera mano con el arma que mejor manejaba: los propios hombres del reino. El 3 de mayo la asamblea de Slagelse eligió rey al pequeño Oluf. En septiembre apareció una flota mecklemburguesa en el Øresund y aquello olía a guerra. Pero el 21 de septiembre se llegó a un acuerdo en Copenhague y Mecklemburgo reconoció al chaval.

Uno pensaría que el asunto quedaba cerrado. Esos asuntos no se cierran nunca.

10. 1377 – El emperador cita a juicio

El 12 de septiembre de 1377 el emperador Carlos IV estaba en Tangermünde, a orillas del Elba, y mandó escribir tres cartas.

El viejo duque Alberto había vuelto a quejarse: el reino le correspondía por derecho a su nieto, y sin embargo había capitanes daneses ocupando los castillos de la Corona *contra deum et iusticiam*, contra Dios y la justicia. El emperador fue nombrando los castillos uno a uno, con el nombre del que estaba dentro. Hagenskov. Nyborg. Fåborg. Kærstrup. Tranekær. Ravnsborg. Y luego:

Tu Nicolae Thome castrum Alholm. Tú, Niels Thomsen, que tienes el castillo de Ålholm.

Niels Thomsen era un escudero que diez semanas antes había jurado en Nyborg, junto al rey Oluf, la reina Margarita y cuarenta y cuatro caballeros, mantener unido el reino. Ahora le ordenaban presentarse ante el emperador en dieciocho semanas, y para que no se excusara con el miedo al viaje, le daban hasta salvoconducto de ida y vuelta. Pura rutina de cancillería. Y precisamente la rutina dice cómo veía el emperador la cosa: un pleito como otro cualquiera, con los capitanes de Dinamarca en el banquillo.

Imaginen al escudero recibiendo el pergamino de manos de un

heraldo, con el sello imperial colgando al final de los cordones y la orden de meterse en tierra enemiga a dar explicaciones al hombre más poderoso de la cristiandad. ¿Por qué delito? Por tener un castillo danés para el rey danés.

No fue.

El 27 de enero de 1378, poco después de vencer el plazo, se presentó en el tribunal de Lolland y se hizo escriturar una finca en Hessel con tierras en la parroquia de Radsted. En la escritura lo llaman «capitán de Aalholm y juez provincial de Lolland». El emperador lo citaba en Alemania. Él contestó comprando tierras en Lolland. Más claro, agua.

En octubre de 1382 seguía allí. El emperador había muerto en Praga en 1378, el viejo duque en 1379, y el asunto se perdió en la arena. Las tres cartas imperiales siguen en Schwerin, en el archivo del demandante, sin abrir. Una citación tenía que entregarla quien la había pedido. Que nunca salieran del arcón del duque lo dice todo.

Los poderosos de este mundo amenazan mucho más de lo que golpean. Y los pequeños que lo saben duermen a pierna suelta.

11. 1394 – La mujer más poderosa del Norte

La casaron con diez años y la coronaron reina de Noruega con diecisiete. Con treinta y siete gobernaba de hecho tres reinos, y no había hombre en el Norte con agallas para llevarle la contraria.

Margarita, hija de Valdemar.

En 1394 se instaló en Aalholm. No a descansar, palabra que no conocía, sino a negociar con la Hansa, aquellas ricas ciudades mercantes alemanas que habían humillado a su padre. Recibió a sus enviados en el castillo en cuyo sótano se había podrido su abuelo. Dan ganas de pensar que se acordó.

Imagínenla en el gran salón, vestida de negro, porque llevó luto años y años, con una cara que no soltaba nada y unos ojos que lo veían todo. Los hanseáticos llegaron con exigencias. Ella escuchó. Llegaron con amenazas. Ella escuchó. Llegaron con ofertas. Entonces habló ella, y cuando terminó, ellos habían dado más de lo que venían a llevarse.

Mientras vivió aquí, el castillo tomó su forma medieval definitiva. El ala sur se terminó delante de sus narices, y el ala que todavía se llama de Margarita guarda el recuerdo de aquellos meses en que la reina dictaba cartas para Estocolmo, Oslo y Roma sentada junto a la ventana de la albufera. Durante esos meses Aalholm fue la capital del Norte.

Uno de los enviados dicen que soltó, al irse, que era más fácil negociar con tres reyes que con una Margarita. A lo mejor no lo dijo nunca. Debería haberlo dicho.

Murió en 1412 a bordo de un barco en el fiordo de Flensburgo. Aalholm pasó a los reyes que ella había fabricado.

12. 1394 – Los pacificadores que acabaron presos

Ese mismo otoño, Aalholm estuvo a un pelo de ser el sitio donde terminara uno de los grandes conflictos del Norte. No lo fue. Y el motivo es tan disparatado que merece capítulo propio.

Cinco años antes, el 24 de febrero de 1389, el ejército de Margarita había machacado al rey Alberto de Mecklemburgo en Åsle, en Suecia, y desde entonces él y su hijo estaban presos en el castillo de Lindholm, en Escania. Pero Estocolmo resistía, y Rostock y Wismar mandaban barcos con víveres. De ahí salieron los Hermanos Vitalienses, corsarios que no tardaron en hacerse piratas y saquear todo lo que flotaba. Para la Hansa y la Orden Teutónica, el cautiverio del rey no era una cuestión de coronas. Era una cuestión de barcos, mercancías y negocio perdido. Y los comerciantes, que no hacen la guerra, suelen ser los primeros en querer la paz.

En Helsingborg, el verano de 1394, se dio con una solución ingeniosa: Margarita soltaría al rey y a su hijo si ocho ciudades de la Hansa salían fiadoras. Si Alberto no llegaba a un acuerdo con ella en un plazo, pagaría sesenta mil marcos, entregaría Estocolmo o volvería a la cárcel, vivo o muerto. Pero antes había que firmar y jurar la paz. Para eso se acordó *una jornada amistosa en Ålholm el próximo día de Todos los Santos*, con salvoconducto cuatro semanas antes y cuatro después. Los mecklemburgueses ofrecían como garantía al rey en persona, a su hijo, al duque Juan, a cien de sus mejores caballeros y todas

sus ciudades. Y si no bastaba, Estocolmo.

El obispo Tord de Strängnäs se lo escribió a los defensores de Estocolmo: el día de Todos los Santos el duque, los señores prusianos y las ciudades se verían con la reina en Ålholm. La propia Margarita iba a estar.

En octubre, el notario del consejo de Rostock, Konrad Römer, cabalgó hasta Prusia para meter prisa a los de la Orden. Otros se borraron. La ciudad de Kampen escribió que no mandaba a nadie porque aquello estaba *tan invernal y tan lejos*. Tampoco eran seguros los caminos: al burgomaestre de Stralsund lo había matado un danés camino de Helsingborg.

La Orden Teutónica mandó hacia Lolland al comendador de Schwetz, a su gran procurador y a unos cuantos burgueses. No llegaron nunca.

Lo que pasó lo cuenta el propio gran maestre en una carta del día de San Martín al duque Wartislaw el Joven de Stolp, en Pomerania. Había mandado a su gente a la jornada de Ålholm porque las dos partes se lo habían pedido, por la paz del mar y el bien del comerciante. «Y a estos mensajeros nuestros», escribía, «los habéis hecho prisioneros.» El duque tenía otra pelea completamente distinta con la Orden y se había llevado a los mediadores por el camino, de paso.

Y ahora viene lo bueno: ese Wartislaw de Stolp era el padre del joven Erik de Pomerania, el chico que Margarita acababa de elegir como heredero. Fue el padre de su futuro sucesor quien paró en seco a la gente que ella esperaba. La historia tiene a veces

un sentido del humor bastante retorcido.

Todos los Santos llegó y pasó. En febrero de 1395 Lübeck escribía a las ciudades prusianas: «Ya sabéis que de la jornada que había de celebrarse en Ålholm no salió nada». Se aplazó a San Jorge, en Falsterbo. La paz se firmó en otra parte, en Lindholm, donde el rey por fin quedó libre. Estocolmo pasó a los hanseáticos en prenda por un rescate que nunca se pagó, y en 1398 Margarita se quedó con la ciudad.

Aalholm nunca tuvo su jornada. Pero durante un otoño el castillo fue el sitio donde todo el Báltico se había citado. Y quedó claro lo difícil que puede ser, simplemente, llegar a la mesa.

13. 1409–1471 – La caravana de los reyes

Después de Margarita fueron llegando sin parar, como si Aalholm fuera una venta en el camino real del poder.

Erik de Pomerania, su hijo adoptivo, dio a Nysted fuero de villa en 1409. El pueblito había vivido bajo el castillo como una criada bajo la mirada de los amos; ahora podía comerciar por su cuenta. No lo olvidó jamás. En 1438, cuando Erik dejó el reino para dedicarse a la piratería en Gotland, regaló Aalholm al duque Barnim de Pomerania. Regalo de despedida de un rey que ya no tenía nada que regalar.

Luego vino Cristóbal de Baviera. Y vino con novia.

Se llamaba Dorotea de Brandeburgo y tenía quince años

cuando conoció a su rey en Aalholm en 1445. Llegaba del sur con baúles de ajuar y damas de compañía que le habían explicado cómo tenía que comportarse una reina. Vio el castillo salir del agua, rojo y pesado, y vio al hombre con el que iba a casarse. Tres años después él estaba muerto y ella era viuda con dieciocho.

Se casó con el siguiente rey, Cristián I, que gobernó desde Aalholm en 1454 y tenía la misma mano para el dinero que sus antecesores: ninguna. En 1471 Dorotea le prestó dinero y se quedó Aalholm en prenda. La novia de quince años se había convertido en la banquera del rey… y en dueña del castillo donde un día le temblaron las rodillas.

Así empezó una larga época: Aalholm, la isla de las reinas.

14. 1423 – El gobernador y la alianza eterna

Había peleado contra el rey de Dinamarca. Poco después lo encontramos entre los hombres en los que el rey apoyaba su política. Esos cambios de chaqueta no sorprendían a nadie en el siglo XV. Hoy tampoco sorprenden a muchos.

Erik Krummedige era noble de Holstein con tierras en Schleswig. En 1411 había tomado Flensburgo para los duques con un golpe nocturno, y en 1413 todavía se le tenía por enemigo del rey. Luego cambió de bando, se pasó a Erik de Pomerania, y la cosa fue rápida: consejero del reino en 1417, gobernador de Aalholm en 1419, mayordomo de la corte en 1424. Sabía mejor

que nadie lo que costaban las peleas entre el rey, Holstein y la Hansa. Él mismo se había jugado la tierra y el pescuezo.

En 1423 pareció posible un arreglo duradero. El rey llevaba tres coronas, pero tres coronas no lo libraban de los comerciantes del Báltico. Una carta de Lübeck de enero enumera las quejas con ojo de tendero: comercio en paz, presos liberados, barcos y mercancías confiscados devueltos… y la cuestión de los peniques de cobre. Detrás de las grandes palabras de la diplomacia siempre había un comerciante preguntándose si volvería a ver su cargamento.

El 15 de junio de 1423 el rey Erik firmó en Copenhague un gran tratado con Lübeck, Rostock, Stralsund, Wismar, Lüneburg, Greifswald y Anklam: mil hombres de ayuda mutua en tres meses, normas para su manutención, protección de gentes y mercancías, reuniones anuales… y hasta la pensión de viudedad de la reina Filipa, por si sobrevivía al rey. Entre los consejeros que pusieron su sello se lee: *Erik Krummedige de Ålholm*.

La alianza iba a ser eterna.

Tres años después, el 27 de septiembre de 1426, los duques de Schleswig se aliaron con Lübeck, Stralsund, Hamburgo, Rostock, Wismar y Lüneburg… contra el rey Erik. Las mismas ciudades que habían prometido mil hombres al rey le dieron la vuelta a las armas. En 1431, tras la caída de Flensburgo, los enemigos de Krummedige le quemaron su finca de Rundtoft. La alta política que había ayudado a cocinar le llamó a la puerta de casa.

Los tratados eternos rara vez duran más que el interés de

quienes los firman. Este duró tres años. El nombre de Aalholm sigue ahí escrito.

15. 1460 – El usufructo de viudedad

La palabra es vieja y pesada: *livgeding*, el usufructo de viudedad. La pensión de las reinas viudas: tierras, feudos y castillos para vivir de ellos el resto de su vida. Lolland-Falster parecía hecho a medida: tierra buena, fincas de la Corona agrupadas y Copenhague a una distancia razonable. Las islas se convirtieron en la provincia de las reinas, y Aalholm entró en el lote.

Eso dio una situación curiosa. Durante mucho tiempo no era el rey quien nombraba al gobernador de Aalholm, sino una reina viuda en Nykøbing. El castillo tenía jefa.

La lista empieza con Dorotea, que tuvo en prenda las fincas reales de la isla hasta su muerte en 1495. Cristina, la mujer del rey Hans, también pasó por aquí. Isabel, la de Cristián II, fue la primera a la que le prometieron Lolland como usufructo, promesa que se quedó en nada, porque la pareja real cayó y huyó, e Isabel murió en el exilio sin haber visto nunca sus tierras.

A Sofía, la mujer de Federico I, le prometieron en la coronación de 1525 Nykøbing, Aalholm y Ravnsborg. Pero dos consejeros que habían sellado la promesa a Isabel se negaron a romperla. Luego vino la Guerra del Conde, y Aalholm fue «durante un tiempo como una pelota entre los poderes»: rescatado, asaltado, enfeudado y reconquistado, antes de que

la reina viuda pudiera por fin quedárselo. De uno de sus subalcaides, Erik Rosenkrantz, nos queda una carta de 1551 quejándose de que no encuentra arcilla para ladrillos en las tierras de la finca para arreglar el castillo. Nueve años después ya iban por preparar el horno. El Aalholm de las reinas fue también el Aalholm de las chapuzas aplazadas.

Después de la gran Sofía, de la que enseguida hablaremos, todo fue cuesta abajo. Nykøbing se convirtió en el centro y Aalholm en una simple casa de gobernador. En 1642, en la cámara del rey, había dos camas con dosel y «unas tablas y bancos poco útiles» detrás de un tapiz viejo, gastado y comido por la carcoma.

Las últimas reinas fueron dueñas a distancia: Sofía Amalia, Carlota Amalia. Cuando Carlota Amalia murió en 1714, Aalholm volvió a la Corona por última vez. Durante más de doscientos cincuenta años el castillo había tenido más a menudo un ama que un amo. Y cuando se puso a la venta, la que lo compró fue otra mujer.

16. 1503 – El rey Hans

La prueba son tres palabras en latín, pero de las buenas. El 4 de octubre de 1503 el rey Hans terminó una carta al arzobispo Birger Gunnersen de Lund así: *Ex castro nostro Aleholm*. Desde nuestro castillo de Aalholm.

La carta existe todavía, en papel, con restos del sello, en el Archivo Nacional de Suecia. No es una leyenda. Es un

documento. Y el rey no estaba de visita. Estaba gobernando. Aplazó un asunto de tierras «hasta que Dios quiera que podamos hablar», y desde Aalholm levantó la prohibición de sacar del reino «grano y mercancías de comer». La política del grano de Dinamarca se decidió ese día a orillas de la albufera de Nysted.

El rey no viajaba solo. Con él iban cortesanos, criados, guardias, caballos y la cancillería entera. En 1503 el poder iba sobre ruedas: cuando el rey se movía, el gobierno se movía con él, y durante unos días el islote era el corazón de un reino.

Pero 1503 no fue un año cualquiera. Seis años antes Hans se había coronado rey de Suecia. Luego vinieron la derrota en Dithmarschen, la rebelión sueca y Sten Sture como regente. Hans se fue a por refuerzos y dejó a la reina Cristina defendiendo el castillo de Estocolmo. Sitiada, muerta de hambre y diezmada, tuvo que rendirse en mayo de 1502, unos días antes de que apareciera la flota de socorro. Después pasó a ser prisionera de los suecos.

No la soltaron hasta el otoño de 1503. Más o menos cuando su marido estaba en Aalholm sellando cartas.

Y sin embargo, la carta empieza con el título completo: *Johannes, por la gracia de Dios rey de Dinamarca, Suecia y Noruega*. Los reyes nunca renuncian a un título. Pierden los reinos y se quedan con las palabras.

Su padre, Cristián I, había vivido aquí en 1454, y su hijo, Cristián II, viviría aquí en 1516 y 1519, poco antes de ser rey de Suecia unos cuantos meses, hasta el baño de sangre de

Estocolmo. Tres generaciones de Oldemburgo usaron el islote como residencia real. Cuando Hans escribía «nuestro castillo», no era una forma de hablar.

SEGUNDA PARTE: LA ISLA DE LAS REINAS

17. 1516–1526 – La pensión de las viudas

En 1525 se hizo ley: las reinas de Dinamarca tendrían Aalholm, Ravnsborg y Nykøbing como usufructo de viudedad.

Un honor, claro. Pero sobre todo un negocio. Las fincas de la Corona en Lolland y Falster eran de lo mejorcito del reino: llanas, fértiles, sin heladas en invierno, con bosque para leña y costa para pescar. A la reina que le tocaban no le tocaba una pensión. Le tocaba una empresa.

Federico I gobernó desde el castillo en 1526, y Cristián II lo había hecho en 1516, antes de perder el reino y acabar preso en Sønderborg: otro rey que aprendió que un castillo danés sirve para dos cosas. Pero fueron las mujeres las que se instalaron en Aalholm y se quedaron.

Ninguna se lo tomó más en serio que Sofía. Pero antes de verla contar bueyes, tenemos que hablar de otra mujer. Nunca fue reina, pero su muerte hizo temblar un trono.

18. 1517 – El gobernador y la muerte de Dyveke

Se llamaba Dyveke, «palomita», y de niña había llegado de los Países Bajos a Bergen con su madre, Sigbrit, que tenía un negocio en la ciudad. Allí la vio Christian, entonces virrey de Noruega en nombre de su padre. Cuando él fue rey, madre e hija se fueron detrás a Copenhague, y Dyveke pasó a ser la amante oficial del monarca: primero en Hvidøre y desde 1516 en una casa de postín en el Amagertorv.

En 1514 el rey se casó con Isabel de Habsburgo, nieta del emperador. A Dyveke no la dejó por eso. El emperador Maximiliano mandó una embajada exigiendo que la quitaran de en medio. Christian dijo que no. Los amores de un rey del Norte se habían convertido en asunto europeo.

En 1517 Dyveke enfermó y murió. ¿De qué? Nadie lo sabe. Pero enseguida nació uno de los bulos más duros de pelar de la historia danesa: que Torben Oxe, gobernador del castillo de Copenhague, le había mandado cerezas envenenadas. El consejo del reino lo absolvió. El rey, loco de pena o de rabia, lo hizo juzgar por doce campesinos, que lo declararon culpable, y el 29 de noviembre de 1517 la cabeza de Torben Oxe rodó por el suelo. Aquello ya no iba de una chica muerta. Iba de hasta dónde podía llegar un rey contra un noble al que sus iguales habían absuelto. La respuesta le acabaría costando la corona.

Y aquí entra Aalholm en la tragedia.

Ese mismo año Knud Pedersen Gyldenstierne había recibido

el castillo en feudo. No era ningún desconocido: de joven cortesano había ido con Christian contra Elfsborg en 1502. Pero solo le duró unos meses. Lo perdió ese mismo año y acabó en la cárcel, *al parecer*, dice el Diccionario Biográfico Danés, porque lo acusaron de haber envenenado a Dyveke. Salió vivo, que aquel año no era poco.

Al novelista le pide el cuerpo hacerlo culpable. El historiador lo sujeta del brazo. No sabemos exactamente de qué lo acusaron. Pero ahí está, en la lista de gobernadores del castillo de la albufera, un nombre que lleva derechito al centro del drama de la amante del rey.

Su sucesor fue Otte Krumpen, de los leales del rey. Había llevado la corona en la coronación de 1514 y mandado uno de los barcos que trajeron a la joven reina. En 1520 llevó al ejército danés a Suecia, venció en Bogesund y Uppsala y lo armaron caballero tras la coronación en Estocolmo, días antes del baño de sangre. En pocos meses Aalholm había pasado de un hombre cuesta abajo a uno cuesta arriba.

Y entonces giró la rueda. Porque siempre gira.

Christian huyó en 1523 y Knud volvió al favor con Federico I. Y en 1532, cuando al rey depuesto lo engañaron para que volviera al Norte y lo hicieron prisionero, fueron Knud Pedersen Gyldenstierne y Otte Krumpen los encargados de llevarlo a Sønderborg. Dos antiguos gobernadores de Aalholm cabalgando codo con codo, con el rey preso en medio. Dicen que fue un reencuentro amargo: Knud le arrancó al rey del cuello la cadena

del Toisón de Oro y le tiró de la barba. Nadie perdona la cárcel en la que lo metieron. Y menos si a lo mejor se la merecía.

La Guerra del Conde los zarandeó a los dos. Knud entregó Nykøbing a los del conde Cristóbal y se comió cárcel en Copenhague, Malmö y Mecklemburgo hasta 1536. Otte Krumpen recibió Aalholm otra vez, ahora para el conde, lo cazaron dando un paseo a caballo extramuros, se lo llevaron a Nykøbing, Lübeck y Mecklemburgo, lo desplumaron y lo olvidaron hasta 1542.

Y la última vuelta de tuerca. En 1549 fue Knud Pedersen Gyldenstierne quien recibió la custodia de Cristián II en el castillo de Kalundborg. Los dos rondaban los setenta. El viejo pendenciero se había vuelto piadoso, escribía himnos y trataba a su preso con toda la blandura que le permitían las órdenes. El hombre que perdió Aalholm y su libertad a la sombra de la muerte de Dyveke acabó cuidando al rey que lo había encerrado. Murió en Kalundborg en 1552.

19. 1533–1534 – El año en que llegaron los campesinos

No todos los visitantes de Aalholm venían invitados.

En 1533 murió Federico I y Dinamarca se quedó sin rey. El consejo dudaba entre el duque Christian, luterano, y un candidato católico, y mientras los señores se tiraban de los pelos

en Copenhague, en el campo se oía gruñir. Los campesinos estaban hasta el gorro de impuestos, alguaciles y señores que siempre cogían y nunca daban.

Y en Lolland era donde más se gruñía.

El alguacil de Aalholm —el hombre del rey, el recaudador, el de las llaves y los libros— salió un día a caballo y no volvió. Los campesinos lo habían matado. Dónde, cómo y quién golpeó primero, no lo sabemos. Solo sabemos que quedó tirado en el barro de Lolland y que en el castillo nadie tuvo valor para ir a recogerlo.

Al año siguiente vino el pueblo entero. A la guerra civil se la llama Guerra del Conde porque el conde Cristóbal de Oldemburgo se había dejado contratar para devolver al trono al preso Cristián II, y burgueses y campesinos se fueron detrás. En 1534 Nysted se levantó. La villa a la que Erik de Pomerania había dado fueros marchó contra el castillo que la había tenido aplastada tres siglos.

Una mañana de verano, bruma sobre la albufera, y en el dique el ruido de muchos pies. Burgueses con hachas, campesinos con horcas, pescadores con bicheros y chavales con piedras. No era un ejército. Era un pueblo. Los guardias de la muralla los vieron venir y comprendieron que no tenían ni hombres, ni flechas, ni tiempo suficiente.

Aalholm cayó. El castillo hecho para que nadie entrara lo tomaron los vecinos.

20. 1538–1551 – El rey que lo recuperó

No duró. Esas victorias rara vez duran.

Cristián III, el duque luterano, ganó la guerra, tomó Copenhague en 1536 y metió la Reforma. Los franciscanos de Nysted, los últimos del reino, los que más aguantaron contra la fe nueva, cruzaron su puerta por última vez en 1538. Nysted se hizo protestante, como el rey.

En 1551 Cristián III estaba en Aalholm, y había venido a cazar.

El olvido trabaja deprisa. Quince años después de que el pueblo asaltara el castillo, el rey cazaba ciervos en el bosque de Roden como si tal cosa. Los campesinos estaban en sus granjas, los burgueses en sus tenderetes, y el nuevo alguacil jamás mencionaba al anterior. Aunque dicen que hicieron falta un par de siglos para que en el castillo se olvidara lo que se oía desde el pueblo cuando soplaba el viento de aquel lado.

21. 1556 – La carta del rey

El 18 de agosto de 1556 un escribano apuntó en el registro de la cancillería una carta cortísima y anotó al margen el lugar: Aalholm.

El asunto era minúsculo. Dos trozos de tierra de la iglesia en Vester Ulslev y un hombre llamado Hans Hofmand que quería quedarse en ellos. El rey le dejaba conservarlos de por vida a cambio de una sola renta, con la condición de obedecer al

gobernador de Aalholm.

De Hans Hofmand no sabemos nada más. Ni qué cara tenía, ni cuánto medían sus campos, ni si subió él mismo al castillo con la gorra en la mano. Pero que nadie desprecie lo que consiguió. El arriendo de por vida no era ningún derecho en 1556; llegó con la Ley Danesa de 1683. Una carta del rey que te dejaba en tu tierra hasta que te murieras era, para un campesino, lo que un título de conde para un noble.

Y la fecha dice algo más: que ese día Cristián III y su cancillería estaban en Aalholm. Veinte años después de la Reforma, el rey seguía recorriendo su reino. A lo mejor había vuelto por la caza. Entre dos asuntos de Estado, sacó un rato para sellar el destino de un hombre y dos campos.

Los reyes dejan a la historia sus guerras y sus tratados. Sus registros dejan algo más humilde. Y más verdadero.

22. 1559 – Los campesinos y la carta del rey depuesto

1559 empezó con un entierro. Cristián III murió el día de Año Nuevo y su hijo Federico II fue rey. Unas semanas después murió Cristián II en Kalundborg, tras treinta y seis años preso, vigilado por el mismo Knud Pedersen Gyldenstierne que había perdido Aalholm en 1517.

Un año con tres reyes. Y en Aalholm, en el fondo de un arcón,

una carta con el nombre del rey muerto.

La Corona quería cobrar impuestos a los *hombres de semana* del castillo, los campesinos que vivían pegados a él y tenían que trabajar allí un día por semana. Se negaron. Como prueba de que estaban exentos, enseñaron una carta de Cristián II que los libraba del impuesto real. Y añadieron que, de todas formas, eran demasiado pobres para pagar.

Párense un momento en esa imagen. Campesinos de Lolland, en el verano de 1559, agitando un papel de un rey cuyas leyes había quemado la nobleza en Viborg, cuyos partidarios habían perdido una guerra civil y que acababa de morir en la cárcel. Lo habían guardado una generación entera. Sabían muy bien lo que valía. Y lo que podía costar enseñarlo.

El 18 de julio Federico II escribió desde Copenhague a Mogens Erichsen, en Aalholm, para que investigara. Y su respuesta es una pequeña obra maestra de prudencia real. No dijo si una carta de un rey depuesto valía. No preguntó ni por el texto ni por la fecha. Preguntó solo si los campesinos habían estado exentos de los últimos impuestos en tiempos de su padre. Si era así, que siguieran exentos.

El joven rey esquivó al fantasma preguntándole a su padre. Hay reyes que entienden en sus primeras semanas que se gobierna mejor con la costumbre que con los principios.

Aquí se acaba el registro. No sabemos cómo terminó, y ni siquiera conocemos la carta de Cristián II, que solo existe por esta mención. Pero la escena basta: bajo los muros de Aalholm,

un pergamino viejo que había guardado gente pobre obligó a un rey nuevo a mojarse.

23. 1581–1585 – El muro

Pero antes de ser viuda, Sofía llegó como reina. Y llegó a un castillo rejuvenecido.

En la década de 1580 habían modernizado Aalholm. Detrás de la muralla este había surgido un ala de verdad, y las dos torres del norte habían crecido, levantadas con aparejo cruzado, lo último de la época. Federico II quería verlo y vino en 1585 con la reina Sofía y todo el consejo del reino.

Aquello fue una fiesta. Hogueras en el patio, asados en el espetón, cerveza en barriles, las señoras de los consejeros en seda y pieles, y los monteros del rey sujetando como podían a los perros. A Federico le encantaba comer, beber y cazar. Estaba en su salsa.

Y una noche, cuando el vino había soltado las lenguas, el rey quiso que aquella visita se recordara. Llamaron a un pintor. En la pared de la sala este del ala norte irían los nombres de todos.

Arriba, el rey con su lema. Luego, la reina. Luego, uno tras otro, con escudos y divisas, los consejeros del reino, los hombres más poderosos de Dinamarca.

Y abajo del todo, debajo de los nombres finos y de las sentencias latinas sobre el honor y la lealtad: *Christoffer Koryot*, con gorro de bufón y una jarra de cerveza.

El bufón del rey.

—¿Y yo qué, Majestad? —debió de gritar desde el fondo, con una voz donde la cerveza tenía demasiado que decir—. ¿A mí no me ponen?

Los consejeros miraron al rey. Federico, que tenía la risa fácil, se rio.

—Ponedlo —dijo—. Abajo del todo. Y dadle una jarra.

Es probablemente la pintura mural más danesa que existe. Poder, honor y órdenes de caballería… y debajo de todo, un tipo cuyo oficio era hacer reír a los poderosos, y al que luego nadie se atrevió a tapar.

Con los años la pared se encaló. La encontraron otra vez en 1889. Koryot había esperado trescientos años para tener la última palabra.

24. 1588–1611 – La reina de los bueyes

Federico murió en 1588. Sofía tenía treinta y un años, siete hijos y un reino que no la dejaban gobernar.

Así que gobernó Lolland.

Desde Nykøbing convirtió Aalholm en el centro de un imperio agrícola sin rival en todo el reino. Llevaba ella misma las cuentas. Sus libros copiadores, donde se copiaba cada orden, muestran a una mujer que sabía exactamente cuántas vacas había en cada establo, cuánto valía un tonel de centeno en Lübeck y qué administrador la estaba robando.

Era, decían sus contemporáneos, *la mayor criadora de bueyes del país*. Toros castrados que se engordaban en los prados de Lolland y se llevaban en manadas enormes a los mercados de Holstein y Holanda. Era el negocio del petróleo de la época, y la reina viuda era dueña de los pozos.

En 1611 mandó construir en Aalholm un establo nuevo de treinta y dos tramos, y justificó el gasto con unas palabras que darían ganas de grabar sobre una puerta: su ganado se había «multiplicado año tras año por la bendición de Dios, por lo que el Todopoderoso merece alabanza y gracias».

Una reina dando gracias a Dios por sus vacas. Más de Lolland, imposible.

Se hizo tan rica que le prestó dinero a su propio hijo, Cristián IV, que con él construyó palacios y armó guerras. Murió en 1631 siendo una de las mujeres más ricas de Europa. Tenía su propia isla en la albufera, donde se escondía de administradores e hijos. Todavía hoy se llama la Isla de la Reina Viuda.

25. 1628–1634 – El gobernador que dijo que no

En 1628 había presos en Aalholm, y no eran daneses.

Cristián IV se había metido de cabeza en la Guerra de los Treinta Años, el gran matadero europeo de la fe y el poder, y la había perdido. Pero había hecho prisioneros, y los prisioneros tienen que dormir en algún sitio. Soldados del emperador, mercenarios alemanes y oficiales católicos miraban desde

las torres una albufera que no les decía nada, mientras el rey regateaba rescates.

Seis años después, al gobernador le llegó a la mesa otro asunto.

Una mujer del feudo había sido condenada por bruja. La sentencia: la hoguera. No era nada raro. En toda Europa ardían hogueras en aquellos años, y Dinamarca no era mejor que nadie. Había testigos, había confesiones —arrancadas, como se arrancaban entonces— y había sentencia.

El gobernador se negó a encender el fuego.

No sabemos con seguridad cómo se llamaba ni lo que le costó. ¿Era un hombre ilustrado que no creía en brujas? ¿Un cristiano que no creía en hogueras? ¿O simplemente alguien que conocía a la mujer y sabía que era tan bruja como él era Papa? Leyó la sentencia, miró a la mujer y decidió que no.

La historia se acuerda de los generales que queman ciudades. De los que un día se negaron a quemar a una mujer se olvida enseguida. Aalholm, no.

26. 1658 – Sobre el hielo

En el invierno de 1658 el Báltico se congeló. Nadie lo había previsto, salvo quizá Dios, que nunca avisa.

Carlos X Gustavo de Suecia era de esos reyes que no esperan a la primavera. Estaba en Jutlandia, y entre él y Copenhague estaban el Pequeño Belt, Fionia, el Gran Belt y Selandia. Agua, agua y más agua. Dinamarca siempre había dormido tranquila

detrás de sus estrechos.

Entonces llegó la gran helada. Día tras día, semana tras semana, el hielo fue engordando hasta aguantar un jinete, luego un cañón, luego un ejército entero. El 30 de enero los suecos pasaron a Fionia. El 5 de febrero tiraron por el sur, de Langeland a Lolland, sobre el hielo, de noche, con los caballos en fila y los cañones en trineos. El hielo crujía, y un escuadrón entero se hundió y desapareció. El resto pasó.

En Aalholm el gobernador recibió la noticia. Los suecos estaban en la isla. Ni ejército, ni flota, un castillo que llevaba cien años sin ser fortaleza y cuatro cañones viejos que salen en un inventario de 1642.

Saltó al caballo y salió a galope hacia Nakskov para dar la alarma.

Imagínenlo en la nieve, con escarcha en la barba y la capa restallando al viento, camino del oeste para juntar lo que pudiera juntarse. Era su deber. Y era también lo único que podía hacer.

Mientras tanto, los suecos llegaban a Aalholm.

27. 1658–1725 – La factura

Se llevaron todo lo que se podía llevar.

El plomo de los tejados de las torres, que fundieron para balas. La pizarra, porque podían. Miles de tejas. Rompieron todos los cristales uno a uno, no porque hiciera falta, sino por ese gusto malsano que siente el que gana en casa del que pierde. Se llevaron

los muebles, el grano y los caballos de la cuadra. Luego pasaron a Selandia, y el 26 de febrero Dinamarca firmó en Roskilde una paz que le costó un tercio del reino.

Pero una mujer del castillo no estaba dispuesta a tragar.

El escribano del castillo, Iver Nielsen, «tenía fama de rico». Un grupo de suecos entró a por su dinero. Su mujer, Johanne Lerche, hija de un pastor de Nysted, agarró un atizador al rojo vivo y defendió a su marido con tal furia que el enemigo salió por piernas. Alguien había corrido a avisar al pueblo, y en la puerta los suecos se encontraron con burgueses armados; dos de ellos ya no se levantaron. La guerra sueca de Aalholm tuvo así su heroína, y luchó con un cacharro de cocina. Su retrato sigue colgado en la iglesia de Nysted, con su marido y sus ocho hijos.

Cuando los suecos se marcharon, un escribano recorrió el castillo contando. Su informe es seco, y precisamente por eso da escalofríos: para un arreglo «pasable» harían falta quince mil tejas, treinta mil ladrillos y cuatro mil baldosas. Ni un cristal entero. Las torres abiertas al cielo.

Se acabó Aalholm como fortaleza. No porque cayeran los muros, que seguían ahí con su metro de grosor. Sino porque la época de los castillos había pasado. Ahora los reinos se defendían con flotas, terraplenes y cañones capaces de disparar de una orilla a otra de un estrecho. Aalholm se había quedado en oficina con goteras.

En 1660 Federico III impuso el absolutismo. Los feudos pasaron a ser distritos y los gobernadores, prefectos. Y el castillo

que había visto reyes encadenados y reinas negociando se quedó ahí, cayéndose a trozos. Las fuentes tienen palabra para esos años: *Brøstfældigheden*, la Ruina. La inspección de 1671 anota muros agrietados, vigas podridas y tejados que dejaban pasar la lluvia… y, curiosamente, una quinta torre que no sale en ningún dibujo. Los arqueólogos todavía se pelean por ella.

Carlota Amalia, la última reina viuda, murió en 1714. Federico IV pensó en hacer de Aalholm un distrito de caballería, pero lo dejó correr. En 1725 puso el castillo a la venta.

28. 1662 – El distrito que sobrevivió a su castillo

Hacia 1790 un escribiente de la Cámara de Rentas de Copenhague apuntaba impuestos de herencias bajo un epígrafe que no se había inventado él: *Distrito recaudatorio de Aalholm*. El castillo que le daba nombre llevaba más de setenta años en manos privadas.

Cuando el rey vendió Aalholm, no vendió el nombre.

En 1662 el viejo feudo del castillo se había convertido en el distrito de Aalholm: los partidos de Fuglse y Musse, Nysted, Maribo y Sakskøbing. Con el distrito llegaban un prefecto, que representaba al rey, y un administrador que cobraba los impuestos. Y aquí viene el truco: un distrito no es una finca. La finca era propiedad del rey, con castillo, granja, arriendos y bosque. El distrito era su jurisdicción. Todos los que vivían dentro —también los campesinos de otros señores, los vecinos

de Nysted, curas y sacristanes— dependían del prefecto y pagaban a la recaudación.

En 1725 el rey vendió la finca y se quedó el distrito. Los campesinos de Aalholm tuvieron un señor nuevo para las prestaciones, pero los impuestos seguían yendo a la recaudación de Aalholm y los pleitos al prefecto del distrito de Aalholm. Cuando llegaron las grandes reformas agrarias de la década de 1770, las aldeas se reparcelaron todavía con el nombre de Aalholm.

Hasta 1803 no se fundieron Aalholm, la abadía de Halsted y Nykøbing en el distrito de Maribo. El distrito de Aalholm había vivido ciento cuarenta y un años, setenta y ocho de ellos sirviendo de marco a la propiedad de otro.

Después solo quedó una cosa que se llamara Aalholm: el castillo. Como si el nombre hubiera sido más duro que la piedra.

29. 1717 – Polvos para las pelucas

Se llamaba Povl Boldich y era barquero y escribano del tribunal en Nysted. No suena precisamente a magnate industrial. Pero el 8 de febrero de 1717 consiguió privilegio real para vender almidón y polvos en Lolland, Falster y Møn. En la práctica, un monopolio.

Montó su fábrica entre el pueblo y el castillo.

Que nadie se ría. En el siglo XVIII nadie con un mínimo de amor propio salía a la calle con su propio pelo. Cada mañana, en cada casa que se tenía por algo, se empolvaban pelucas

y peinados con almidón fino de trigo, a veces perfumado, a veces teñido. Se gastaban montañas. Inglaterra puso en 1795 un impuesto a los polvos, de tanto trigo como se tragaban. Y el almidón servía también para almidonar cuellos y chorreras.

Lolland rebosaba trigo, Nysted tenía puerto y el privilegio aseguraba la venta. En 1735 el alcaide de Nysted informaba de una fábrica de almidón y polvos en plena marcha, fuera de la jurisdicción de la villa: ni gremios ni tribunal municipal, entre el pueblo y la finca. Era de las poquísimas fábricas de verdad de toda la provincia. En Lolland hubo industria antes que en casi ningún sitio fuera de la capital.

La fábrica pasó de mano en mano con su privilegio: en 1729 al consejero Hofmann, en 1734 a su sobrino Dresler, que en 1752 logró que la exclusiva acompañara a la fábrica en cada venta. En 1765 la llamaban la más perfecta del reino, con capacidad para mil quinientos toneles de trigo al año.

Y aquí hay una pequeña injusticia que conviene arreglar. Varias obras de consulta muy serias dicen que la fundó el conde Otto Ludvig Raben. Pero la fábrica funcionaba en 1717, los Raben no compraron Aalholm hasta 1725 y Otto Ludvig no fue conde hasta 1750. Los libros le dieron al conde el mérito de la idea del barquero y lo repitieron de buena fe durante siglo y medio. Es otro privilegio de los grandes: que se les atribuyan las ocurrencias de los pequeños.

La moda de los polvos murió hacia 1800, cuando la Revolución hizo de mal gusto llevar pan en la cabeza. Qué fue

de la fábrica, nadie lo sabe.

30. 1719 – Cuatro jinetes en la cárcel

En 1719 había una horca en Nysted. Y en Aalholm, cuatro soldados que a lo mejor la iban a necesitar.

Lo sabemos por una sola frase que el historiador Karl Rasmussen rescató en 1917: en Aalholm había cuatro jinetes presos «que difícilmente se librarán de ser condenados a la horca». Eso es todo. Ni nombres, ni delito, ni sentencia. Al narrador le hierve la sangre por llevarlos al patíbulo. La honradez se lo prohíbe.

Pero su mundo sí lo conocemos. Federico IV quería que las fincas de la Corona en Lolland y Falster mantuvieran a su caballería. En 1717 se asignaron tres granjas del distrito a los dragones: los graneros para cuartel, los campos para forraje. En las iglesias se hicieron tribunas para los soldados, en Falster se levantó una picota y en Nysted una horca. Y en el castillo donde habían tirado a Cristóbal II, y donde se habían consumido los prisioneros de Cristián IV, cuatro soldados del propio rey esperaban sentencia.

Seis años después cruzó el dique una viuda con su dinero. Y ya nadie volvió a hablar de ellos.

TERCERA PARTE: LA VIUDA QUE COMPRÓ UN CASTILLO

31. 1725–1734 – Emerentia

En 1725 llegó a Lolland una mujer, y traía dinero.

Emerentia von Levetzau era viuda de Johan Otto Raben, y pertenecía a esa clase de viudas con las que los hombres del siglo XVIII no sabían qué hacer. No pensaba retirarse a bordar. Pensaba comprar.

El rey vendía Aalholm y Bremersvold. Ella ofreció 94.929 rigsdaler —una cifra que hay que decir despacio— y se los llevó. Después de cuatro o cinco siglos de reyes, reinas, mazmorras y tratados, la puerta sur de Dinamarca era propiedad privada. Y la propietaria era una mujer.

Imagínenla el primer día: alta, de negro, con una cara que había visto más de lo que enseñaba, recorriendo las salas de la Ruina. La lluvia entraba por el tejado del salón, las ventanas

estaban parcheadas con tablas y las ratas se habían quedado con el sótano. El administrador iba detrás pidiendo disculpas. Ella no lo escuchaba. No veía lo que había. Veía lo que iba a haber.

Compró tierras. Bremersvold, Bramsløkke, granja tras granja, parroquia tras parroquia, hasta que en 1734 tuvo 1.221 toneles de hartkorn. Bastante para una baronía, pero solo la mitad de lo que la ley pedía para un condado.

Así que pidió un condado.

Era una frescura. Era Emerentia. Escribió al rey que quería fundar un condado para su nieto de ocho años, Christian Raben, y que se llamaría Christiansholm por el niño. La ley decía que no. El rey dijo que sí. No había mucha gente en Dinamarca capaz de decirle que no a Emerentia von Levetzau.

32. 1746 – La capilla

Puso el castillo en pie otra vez: tejados nuevos, ventanas nuevas, carpinteros y albañiles de toda la isla durante años. Aalholm salió de la Ruina, no como fortaleza, sino como casa señorial.

Y pensó en la muerte, como hace la gente lista mientras todavía está viva. Su testamento dejaba dinero para las escuelas de Bremersvold y Kærstrup y para los pobres de las parroquias de Aalholm. El condado se heredaría entero, de generación en generación, en principio hasta el fin del mundo.

Murió en 1746. Christian, con veinte años, fue el primer conde de Christiansholm. Cuatro años después estaba muerto, sin hijos

y sin haber dejado huella en ninguna parte. El condado pasó a su hermano pequeño, Otto Ludvig.

A Emerentia la metieron en un sarcófago de mármol negro y luego en una capilla que el nieto construyó junto a la iglesia de Nysted, al norte de la torre. Allí sigue, con Christian al lado.

Pero no se quedó quieta.

La leyenda dice que Emerentia von Levetzau es la *Dama Blanca* de Aalholm. La gente la ve, dicen, en los pasillos largos, en la ventana que da a la albufera, en la escalera del ala norte: una mujer alta vestida de blanco que no mira a nadie y que ya no está cuando uno se vuelve a buscarla.

Y dicen que solo aparece cuando el señor de la casa no tiene hijos.

Eso es un fantasma con plan. La mujer que compró un castillo e inventó un condado para que se heredara por los siglos de los siglos sigue vigilando la sucesión. Cuando falta heredero, pasea. Cuando lo hay, descansa.

Iba a tener mucho que pasear.

33. 1749–1783 – El diario del conde

Otto Ludvig Raben tenía veintiún años cuando la muerte de su hermano lo hizo conde de Christiansholm. Pero solo de nombre. Su padre, Christian Frederik, no soltaba la finca, y al chico lo mandaron a ver mundo.

Vio París. Vivió casi cuatro años con su hermana y su cuñado,

el enviado Ditlev Reventlow, frecuentó los salones y cazó ciervos con Luis XV. De vuelta en casa fue chambelán en 1755, se casó en 1757 con Anna Catharina Henningia von Buchwald y en 1763, gracias al parentesco con el todopoderoso Moltke, fue maestro de ceremonias del rey. Veranos en Lolland, inviernos en Copenhague.

Llevaba un diario. Cuarenta y dos años, en francés, día a día: a quién había visto, cuándo había ido a la corte, en qué mesa había comido, qué coche llevaba cada cual, cacerías, bodas campesinas, el tiempo y la música. Rara vez un sentimiento, nunca un olvido. No es el diario de un alma. Es el libro de cuentas de una vida.

La música era su pasión. Tocaba la flauta travesera como un virtuoso y coleccionaba partituras en cantidades que ningún otro terrateniente danés soñó: sonatas, cantatas y sinfonías que iban a dormir doscientos años en un cuarto de la torre.

El castillo, mientras tanto, era inhabitable. Su hermano mayor había vivido en la granja «por estar el castillo inhabitable a causa de su ruina». La granja ardió el 1 de julio de 1750 y el joven conde, enfermo, tuvo que irse a Nysted, donde murió. El castillo medieval estaba vacío y hecho polvo en pleno Siglo de las Luces.

Tras el cambio de rey en 1767, los de Moltke perdieron el favor y la familia se asentó más en Lolland. En 1773 murió el padre y Otto Ludvig —conde desde hacía veintitrés años— por fin pudo mandar. Durante diez años la familia apenas salió de la isla.

Y entonces construyó. Ya había añadido Stubberup al condado, y en 1786 llegarían las iglesias de Kettinge y Bregninge. Escribió

para su hijo un libro de educación sobre cómo ser buena persona habiendo nacido conde. Y en 1779 quedó terminada el ala este, en el nuevo estilo Luis XVI: dos plantas, filas largas de ventanas regulares y luz donde el castillo nunca había tenido luz. En el hastial, anclas de hierro con sus iniciales y las de su mujer. A lo largo del dique, una avenida de tilos recortados.

Hizo retratar a la familia delante del nuevo Aalholm. Ocho hijos, dos chicos y seis chicas. Todos con cara de estar la mar de satisfechos.

En 1783 se hizo construir en la iglesia de Nysted una tribuna cerrada para la familia, en lo alto, con puerta propia abierta en el muro, para seguir la misa por encima de los fieles… y dejarse admirar. Modesto, Otto Ludvig no era. Era paciente.

Murió en 1791 y descansa en la capilla que él mismo construyó en 1782, en un sarcófago de mármol noruego gris claro. Pero su diario guarda algo más que visitas y chaparrones. Ya llegamos.

34. 1765 – Las focas del conde

Un día de agosto de 1765 el conde Otto Ludvig cabalgó solo hasta Tågense, al sureste de Nysted, se subió a una barca y salió a pegar tiros a las focas. Lo apuntó él mismo.

Sin séquito, sin ceremonias, sin cortesanos. Un hombre, una barca y el agua baja y brillante al sur de Lolland, donde las focas tomaban el sol en piedras y bancos de arena y levantaban la cabeza cuando chapoteaban los remos. Para el maestro de

ceremonias del rey, encorsetado toda la vida en la etiqueta, aquello debió de ser una libertad que no encontraba en ningún otro sitio.

Tres años después, en julio de 1768, repitió de madrugada con sus hermanos y los empleados de la finca. Una pequeña expedición, medio cacería medio excursión, de las que tanto le gustaban a la vida de casa grande del siglo XVIII.

Pero lo más interesante es anterior. Ya en 1737 su madre se quejaba de que gente de Nysted disparaba a las focas frente a la costa. La queja solo significa una cosa: la caza de focas era cosa de los señores de Aalholm. La caza no era un derecho de todos, sino un privilegio que iba con la tierra. Y en Aalholm el privilegio llegaba hasta el mar. Las focas de los bancos eran las focas del condado.

Los del pueblo las cazaban igual, por la piel, por el aceite y porque los pescadores odiaban a un bicho que les destrozaba las redes. En los siglos siguientes se pagaron recompensas por cada foca muerta, y casi acabaron con ellas.

Hoy Rødsand, a la vista de esas mismas costas, es una de las reservas de focas más importantes de Dinamarca. La foca común cría allí y la foca gris ha vuelto. Siguen tumbadas ahí fuera, como en agosto de 1765. Nadie sale ya a por ellas con escopeta. Y si conocemos las excursiones del conde es solo porque un hombre maniático lo apuntaba todo y sus papeles se pasaron doscientos años sin que nadie los tocara.

35. 1770 – El código secreto del conde

A partir de 1770 aparece en el diario de Otto Ludvig, entre cenas, cacerías y visitas, un signo pequeñito: *IFT*.

Vuelve una y otra vez durante veinte años. Casi siempre solo, a veces seguido de un nombre de mujer, de vez en cuando medio escrito: «iftu», «j'ay f…». Casi siempre cuando el conde estaba en Aalholm.

El diario esperó en el archivo del castillo hasta que el musicólogo Jens Henrik Koudal le metió mano en los años noventa. Fue él quien se fijó en el signo y descifró el código: IFT es *j'ai foutu*, del verbo francés que entonces significaba exactamente lo que ustedes se imaginan. El conde apuntaba sus encuentros amorosos igual que apuntaba sus paseos. La historiadora Nina Koefoed los contó: noventa y siete, la mayoría en los años setenta del siglo, los últimos en 1790.

No era la cama de matrimonio lo que contabilizaba. La condesa le había dado ocho hijos entre 1759 y 1774. Luego se acaban los partos… y empieza el signo. Las mujeres que se nombran no son la condesa. Las dos que se han podido identificar eran una criada y la mujer de un arrendatario.

El condado tenía unos doscientos arrendatarios en dieciséis aldeas, más jornaleros y criados. Ahí hay que buscar. Noventa y siete anotaciones no son noventa y siete mujeres; van en rachas, como si el conde tuviera temporadas con una relación fija. ¿Por las buenas, pagando o a la fuerza? Las fuentes callan. Pero la

balanza de poder no calla: para esas mujeres el conde era a la vez amo de la casa, dueño de la tierra y juez.

Y aquí la anécdota deja de tener gracia.

En el siglo XVIII el amor fuera del matrimonio era delito. Las madres solteras y sus parejas tenían que pagar multas, y era el señor quien debía abrir el expediente y cobrar. Cuando Otto Ludvig se hizo cargo de la finca en 1773, borró de un plumazo todas las multas pendientes de los tiempos de su padre. Después, cada año, se apuntaba con cuidado a los pecadores… y se les perdonaba la multa con la misma regularidad. Los hombres se libraban pagando algo para criar al niño. Las mujeres lo criaban.

Se puede llamar clemencia. Nina Koefoed ve también otra cosa: un señor que se saltaba él mismo las leyes de la moral en su finca no castigaba en otros lo que él hacía. Y cada perdón dejaba entre él y su gente una deuda de gratitud que nunca se saldaba.

Repasó los libros parroquiales de las ocho parroquias. El conde no aparece en ningún sitio como padre; eso no se escribía. Pero hay coincidencias. El 30 de marzo de 1771, en Herritslev, Anne Rasmusdatter bautizó a una hija natural. El cura apuntó a la comadrona y a todos los padrinos, y del padre, ni media palabra. El conde había escrito IFT seis veces en mayo, junio y julio del año anterior. En Toreby, en 1775, una mujer señaló a «un forastero llamado Lars». En Herritslev, en 1776, otra habló de «un hombre desconocido que vino a ella en el bosque». Y cuando Ellen Jacobsdatter señaló en 1781 a Rasmus Suhr, el tal Rasmus Suhr se había convertido, entre la concepción y el

bautizo, en arrendatario de una buena granja en otra parroquia de la finca.

Nada de esto prueba nada. Pero las tres maneras clásicas de tapar la paternidad de un señor —el padre que no se nombra, el forastero de paso y el marido que se compra con una granja— están todas en los libros parroquiales de Aalholm, con fechas que encajan.

¿Por qué 1770? Porque en Copenhague el conde era un peón más en la red de sus cuñados. En Aalholm era el amo. Allí el cuerpo pasó a ser parte de su poder.

Otto Ludvig Raben era un hombre de la Ilustración. Tocaba la flauta, organizaba bodas campesinas, construía capillas y escribía libros de educación. También era un señor absoluto, legislador, juez y amo de las mujeres a las que llamaba IFT. Los historiadores siempre sospecharon que los señores abusaban de sus criadas, pero casi nunca pudieron probarlo, porque esas cosas no se escriben. Otto Ludvig lo escribió todo. En clave.

Pensemos en las mujeres que hay detrás de la cifra. Sus nombres no están en ninguna pared.

36. 1791–1838 – El conde que medía las estrellas

Frederik Christian Raben quería meter el mundo entero en su despacho. Y no era una forma de hablar.

Viajó durante años, de Groenlandia a Brasil, y volvía siempre con cajones llenos de mundo: plantas secas, pájaros disecados,

fósiles, minerales y antigüedades. Su herbario llegó a las veinte mil plantas. El abuelo había coleccionado monedas; el padre, partituras. Él coleccionaba la naturaleza.

En 1796 se puso a plantar. La tierra de Aalholm parecía hecha para eso: inviernos suaves junto al fiordo, abrigo de los bosques del oeste y arcilla rica sobre creta. Trazó un parque paisajista que no paraba de crecer; un jardín al que llamó *el Sistema*, con especies raras en filas como las fichas de un fichero vivo; y en el Prado de los Caballos plantó mil quinientos árboles exóticos —robles y pinos americanos, plátanos, robles de flecos— que en Lolland no había visto nadie. En 1862 un experto lo llamó «el más bello e interesante del continente europeo».

Después se construyó un observatorio. Encima de la torre noreste, la vieja, la de los muros de un metro, plantó dos pisos cuadrados. «Horribles», gruñiría un autor más tarde. Allí medía el tiempo cada día y miraba las estrellas. Imagínenlo allá arriba una noche despejada de enero, abrigado hasta las orejas, pegado al telescopio mientras Lolland dormía debajo. La torre que había vigilado a holsteinianos y suecos vigilaba ahora la ignorancia.

Su despacho reventaba de libros, pájaros, calaveras y cristales. Había también un alca gigante de Islandia, un pájaro enorme, blanco y negro, que no sabía volar, comprado en 1821. El conde no tenía ni idea de que estaba coleccionando una especie condenada. El último alca gigante murió en 1844. El de Aalholm sobrevivió cien años a su dueño y acabó subastado en Sotheby’s, uno de los últimos de su clase.

Frederik Christian murió en Río de Janeiro en 1838, en mitad de un viaje y lejos de su torre. Pero su plátano sigue en el parque, treinta metros de árbol, y el médico de Nysted, Emil Aarestrup, uno de los mejores poetas de Dinamarca, le escribió un poema. Un árbol y un poema. No se puede pedir mejor lápida.

37. 1830 – Llegan los anticuarios

Johan Gottfried Burman Becker era boticario de oficio y anticuario de corazón. El Romanticismo había puesto de moda la Edad Media, y a él se le metió en la cabeza describir todos los castillos viejos del reino.

En 1830 salieron sus *Noticias sobre los antiguos castillos de Dinamarca y los ducados*. Aalholm estaba ahí con el nombre de entonces, Christiansholm, en cuatro páginas apretadas en letra gótica: la primera biografía del castillo.

Además, fue testigo ocular. Burman Becker vio Aalholm sesenta años antes de la gran reforma: un edificio de cuatro alas que «antaño tuvo torres en las cuatro esquinas, de las que quedan dos», una de más de treinta metros con el observatorio en lo alto. Fosos por tres lados, muros de casi tres metros en la planta baja y, arriba, «multitud de ventanucos que probablemente sirvieron de troneras». Todo eso se puede comprobar hoy en el suelo y en los muros.

Sabía mucho. La carta de 1330, el cautiverio de Cristóbal, el asedio de 1346, el tratado de 1366, la citación del emperador de

1377. Es el único que cuenta que los vecinos de Nysted tomaron el castillo en la Guerra del Conde y que los suecos maltrataron en 1658 al escribano Iver Nielsen. Hasta sabía que el condado se llamó primero Christians*borg*.

También sabía demasiado. Hijo de su tiempo, situó «en este castillo» el reparto del reino de 1157 y regaló Lolland «con Aalholm» al príncipe vendo Pribislav en 1164. Los príncipes de la isla tenían que haber vivido en algún sitio, y Aalholm era el único que se conocía. El castillo nació, como han demostrado las excavaciones, hacia 1256. Pero el error echó a andar y fue creciendo: en 1869 un libro popular convirtió Aalholm en el castillo de los antiguos «reyes del mar» del siglo IX. Los anticuarios habían olfateado lo que los laboratorios prueban ahora —que antes ya había algo allí—; solo se equivocaron de siglo.

La paciencia de un solo hombre en 1830 fue la base de doscientos años de investigación que luego han construido encima, corregido… y muchas veces le han dado la razón.

38. 1838 – El conde loco

Y entonces llegó Gregers.

Gregers Christian Raben, el hijo mayor, no se parecía a su padre. Frederik Christian había medido el mundo; Gregers lo leía. Era doctor en filología clásica, hablaba latín como otros le hablan a su perro y encontraba más verdad en Horacio que en cualquier

sermón.

Era, dice secamente el libro de casas señoriales de 1938, «algo así como un original, capaz de las ocurrencias más raras, y por eso conocido como *el conde loco*». Ese título no lo regalan.

Sembró el parque botánico de su padre de cenadores de todos los estilos, como quien coloca fichas en un tablero de ajedrez. Levantó columnas y lápidas con citas en griego y latín, de modo que dar un paseo por el jardín se convertía en un examen de filología clásica.

Se fue a Noruega a cazar osos. Saboreen la frase: un conde de Lolland, doctor en lenguas muertas, con la escopeta al hombro en los bosques noruegos. Y cazó unos cuantos. Volvió con varios osos disecados y los puso en una casa del parque «junto con otras rarezas». Cuáles, no lo sabe nadie. Pero uno ve a los osos de pie en la penumbra y a los campesinos de Stubberup que venían los domingos a mirarlos con la boca abierta.

Fue la primera exposición pública de Aalholm. Cien años antes de los coches, un conde loco le enseñaba sus osos a la gente.

39. 1843 – El rey y la reina en Nysted

En el verano de 1843 corrió un rumor por Lolland-Falster: viene el rey. No en una moneda, sino en carne y hueso, con caballos, carruajes y un séquito de sesenta personas. Rødby, decían los periódicos, no veía un rey desde Cristián IV.

En realidad era un viaje de salud. Cristián VIII andaba

pachucho y tenía que darse baños de mar en Föhr. Pero el camino de Sorgenfri a Föhr se podía trazar como uno quisiera, y se trazó por las islas del sur. El rey se dejaría ver, inspeccionaría y —sin que constara en ningún papel— tomaría el pulso a un país donde el absolutismo empezaba a crujir. Ya en su coronación unos campesinos del oeste de Lolland habían tenido el atrevimiento de pedir una constitución libre. Cristián VIII no olvidaba esas cosas.

No era un rey de desfiles. Viajaba con libreta, repasaba actas, probaba las bombas de incendios, visitaba los calabozos y por la noche lo apuntaba todo.

El gobernador von Jessen andaba haciendo equilibrios en la cuerda floja. Se decía que el rey vendría escoltado por veinte dragones, como en Møn, donde la gente se había ofendido. Von Jessen juró por su cargo que Sus Majestades serían recibidas con la más sincera devoción y pidió que no mandaran soldados. Los dragones se volvieron a casa.

El 22 de julio le tocó a Nysted. Ayuntamiento encalado, arcos de ramas y banderas por todas partes. Y el programa iba partido: mientras el rey hacía su entrada, la reina, como von Jessen había apalabrado en junio, «iría directamente de Nykøbing a Aalholm para reunirse allí con Su Majestad».

Carolina Amalia había estado mala buena parte del viaje. Se libró de los discursos y cruzó el dique hasta el castillo de la albufera. Allí esperó a su marido. El nuevo amo de la casa era Gregers, el filólogo, nombrado montero mayor ese mismo año.

Uno lo ve paseando a la reina bajo los plátanos de su padre, entre cenadores y lápidas latinas. Lo que se habló dentro de esos muros, no lo sabemos. Los cajones de la corte y los periódicos censurados no dicen ni pío. Lo oficial está a plena luz. Lo privado se calla.

En el pueblo, al rey le pareció que el joven maestro Friess valía, pero que haría falta otro maestro. Estuvo campechano.

La tormenta llegó tres días después en Nakskov, cuando los consejos parroquiales le entregaron un mensaje de agradecimiento que se acercaba peligrosamente a pedir el derecho a votar los impuestos. El monarca, que siempre se controlaba, perdió los papeles: había dado al pueblo una ley municipal, y de los asuntos del Estado ya se ocupaba él. Un testigo creyó que estuvo a punto de dar una patada en el suelo.

Después cada villa recibió la medalla de plata de la coronación. Solo queda una, la de Nysted, enmarcada en el archivo local.

Cinco años después Cristián VIII estaba muerto. Seis años después, el absolutismo también. Los reyes que recorren sus provincias para tranquilizarlas suelen volver con la sensación de que ya no las tienen bien agarradas.

40. 1864 – Los doce del cementerio

El 18 de abril de 1864 los prusianos tomaron Dybbøl al asalto. Setecientos muertos y más de quinientos heridos del lado danés, retirada a Als, otra derrota en junio y la paz de Viena, que le

costó al reino un tercio del territorio y cuatro décimas partes de su gente.

Los heridos tenían que ir a algún sitio.

Nysted estaba todo lo lejos del frente que se podía estar en la monarquía, y tenía el único puerto natural de la costa sur de Lolland. Embarcaron a los heridos en Als y Sønderborg, y en el islote de la albufera había un castillo con sitio.

El conde Gregers lo cedió sin pedir un céntimo. «El conde y su familia habitaban este castillo hasta ahora», escribía un corresponsal en el Berlingske, «y habiendo aceptado el gobierno el ofrecimiento con gratitud, la familia condal vació todo su considerable mobiliario en pocos días.» Le parecía que Aalholm era «quizá uno de los mejores hospitales que tiene el ejército», con salones altos, avenidas de tilos y un jardín de árboles raros: «En suma, este rinconcito es un auténtico paraíso».

El pueblo lo recordaba a su manera: «Cuando llegaba el vapor con heridos y enfermos, los de Nysted ponían carros y echaban paja en el camino por donde tenían que pasar». Un pueblo que echa paja bajo las ruedas para ahorrarles los baches a unos desconocidos. No hay mejor retrato de lo que pueden ser un pueblo y su castillo cuando hace falta.

Pero hay que saber adónde llegaban. La cirugía de 1864 no conocía la antisepsia. Se sacaban las balas cuando se podía, y se serraban miembros cuando no… y luego venían la gangrena y la fiebre. Dinamarca rechazó ayuda de fuera y rechazó enfermeras, diez años después de Florence Nightingale. En eso estaban, bajo

los techos altos de Otto Ludvig, con vistas a la albufera.

Doce murieron entre abril y agosto.

Mads Hansen, de Nørre Lyndelse, en Fionia, hijo natural criado en casa de un granjero, cayó herido en Dybbøl el 12 de abril y le amputaron. Murió en Aalholm el 26 de junio: dos meses y medio entre la bala y la tumba. Hans Rasmussen, artillero, nacido en Tillitse, en el mismo Lolland, murió a cuarenta y cinco kilómetros de su parroquia; casi estaba en casa. Hans Christian Hansen, de Tarup, cerca de Odense, no murió de sus heridas, sino de tifus.

El 6 de octubre de 1865 se levantó en el cementerio de Nysted un obelisco «en agradecido recuerdo de los 12 defensores de la patria que murieron en 1864 en el hospital de Aalholm». Y abajo: «El Señor guarde a los fieles».

Un detalle más. La piedra no la pagaron ni el Estado, ni el ejército, ni el conde. La pagaron los vecinos de Nysted, de la parroquia rural y de Herritslev: gente corriente que hizo una colecta para una piedra en honor de doce desconocidos a los que metieron en su pueblo y ya no sacaron.

41. 1865 – El conde loco en Rydhave

Gregers Christian Raben era doctor en filosofía, montero mayor, chambelán y miembro de la Sociedad Latina de Jena. Se había casado fuera de la nobleza, con Anna Margrethe Lund, y la pareja, sin hijos, había adoptado a una sobrina de ella, Anna

Marie Amalie, nacida en Næstved en 1832, hija de un dueño de billares. Creció como la condesa Amalie Raben.

Cuando enviudó en 1851, Gregers no paraba quieto. Tenía Søbo en Fionia, y en los años sesenta se compró además Rydhave, cerca de Vinderup, en el oeste de Jutlandia: una casona vieja con torre octogonal y un fantasma en la pared. Para poner a cultivar el brezal, decía, y se gastó una fortuna en arreglar la casa.

Allí, donde nadie conocía al conde de Christiansholm, se convirtió en *el conde loco*. Sobre todo por sus ocurrencias: se trajo ranas de Francia para criarlas y les cavó una charca en el bosque. A los chavales del internado que hoy ocupa Rydhave todavía les cuentan que una vez le pegó un tiro a una bruja.

Luego estuvo el oso. En una cacería de invierno en Noruega mató un bicho gigantesco. En vez de dejarlo allí, lo hizo cargar en un trineo y lo llevó de Noruega a Suecia y de Suecia a Copenhague, donde se lo regaló a la corte. Lo sirvieron en la mesa de Cristián IX. Dicen que a uno de los invitados le pareció duro. La carne de oso no hizo carrera en la corte danesa.

Y luego estuvo el tren. La línea de Skive a Struer se inauguró en noviembre de 1865. Un día el conde estaba en el andén de Vinderup y vio salir el tren de Struer cinco minutos antes de hora… según su reloj, claro. El jefe de estación intentó hacerle entrar en razón.

—Telegrafíe a Struer, buen hombre —dijo el conde.

Telegrafiaron. Y según la tradición, un tren especial volvió a

Vinderup a recoger al conde triunfante.

Estas historias se pusieron por escrito en 1957, tres generaciones después, y hay que leerlas como lo que son: lo que una comarca recuerda de un señor excéntrico.

Pero uno de los viajes a Noruega tuvo una consecuencia que confirman los libros parroquiales. El poeta Andreas Munch, viudo que había perdido mujer e hijos, conoció a la condesa Amalie. Munch fue el primer poeta con pensión del Estado noruego, uno de los padres de la literatura del país. El 10 de octubre de 1865 se casaron en la iglesia de Borbjerg, la parroquia vecina de Ryde, y la boda se celebró en Rydhave. El conde loco se hizo con un poeta nacional como yerno.

Cuando vendió Rydhave en 1873 dejó algo más que anécdotas: una fundación de setenta mil rigsdaler «a favor de los pobres honrados de la parroquia de Ryde y del condado de Christiansholm», que unía sus dos mundos. El hombre al que llamaban loco se gastó su fortuna en cultivar brezales, restaurar casas, la ciencia y los pobres. Ya quisieran muchos cuerdos una locura así.

42. 1869 – El castillo de la torre de las estrellas

En 1869 salió el segundo tomo de *Viejos recuerdos daneses*, un libro popular firmado por Holger Bruun, nombre tras el que se escondía el escritor L.J. Flamand. Era de esos libros que estaban en la mesa del cuarto de estar, y generaciones de lollandeses

leyeron allí por primera vez la historia de su castillo.

Ya la primera frase es un tesoro: Aalholm es «un edificio macizo y cuadrado con dos torres, una de las cuales está dispuesta como observatorio astronómico». La torre de las estrellas era, pues, la seña del castillo. Y el autor alaba el «hermoso jardín y bosque» con árboles raros que el difunto conde, «que era él mismo botánico», había traído «de tierras extranjeras y otras partes del mundo». Treinta años después de morir en Río, Frederik Christian es el héroe silencioso del libro.

El libro sabe también que el viejo castillo «tuvo antes cinco torres, una aguja de madera y dos miradores». Cinco torres, donde todos los demás cuentan cuatro. ¿Un error, o el recuerdo de la torre de la puerta del ala sur? Que lo decidan las excavaciones.

Se va más atrás que Burman Becker, hasta los «reyes del mar» del siglo IX. Pero luego recula y propone un pequeño fuerte costero que Svend Grathe levantó en 1151 contra los vendos. Mal fechado, pero bien pensado: una fortificación más antigua en el islote, sustituida luego por el Aalholm de verdad. Es más o menos lo que dibujan hoy el museo y las excavaciones.

Y sobre todo, por fin cuenta 1368 como fue: Enrique de Hierro, la tregua del 8 de septiembre, el plazo del 1 de mayo que llegó y pasó, y Kersten Kule en Bardewick con sus pegas interminables. Aalholm no se conquistó. Se salvó a golpe de pluma. También hace una escena de 1332: la casa de piedra con tejado de juncos, el fuego, el rey por la ventana y el conde Juan, que «no hizo caso

alguno de su medio hermano».

Flamand copiaba de otros, y su siglo IX no vale un real. Pero sus páginas son un eslabón de la cadena, y nos recuerdan quién leía historia en 1869: gente corriente, a la luz del quinqué, en el cuarto de estar.

43. 1874 – El poeta en el jardín del castillo

El 18 de septiembre de 1874 uno de los poetas más celebrados del Norte estaba sentado en el jardín de Aalholm escribiendo.

Andreas Munch: hijo de obispo, primo del historiador P.A. Munch, de la misma familia que el pintor Edvard Munch, el primero con pensión de poeta del Storting y musicado por Grieg. El romanticismo nacional noruego en persona. No era ningún turista. Amalie era su mujer, y la familia del castillo, la suya. La pareja pasaba los inviernos en Copenhague y los veranos en Nysted, donde en 1877-78 construyó la Villa Marina, de aire italiano, por unas ochenta mil coronas, en una época en que un artesano ganaba veintiséis øre la hora. El parque de Aalholm era su vecino.

Su poema, *En el jardín del castillo de Aalholm*, tiene seis estrofas. Empieza con el viejo castillo de muro rojo, envuelto en el rumor de árboles nobles, mientras el mar ruge en la playa como el saludo del cuerno de un vikingo. Luego viene el verso que demuestra que el poeta conocía el sitio: el castillo que fue antaño morada del rey… y prisión. Residencia real y mazmorra,

la cancillería del rey Hans y la celda de Cristóbal, juntas en dos versos.

Pero el corazón del poema es el jardín. Estrofa tras estrofa, Munch nombra lo que ve: el fresno llorón, el bosquecillo de abetos, los plátanos enormes bajo los que uno intuye el Sur, la magnolia, la higuera, el durillo, las acacias y el ciprés que apunta a la eternidad. Es, escribe, como si un hada con las manos llenas hubiera esparcido bajo el cielo gris del Norte una riqueza que solo conoce el Sur.

Es un inventario botánico en verso, hecho treinta y cinco años después de la muerte del conde por un hombre que sabía mirar. A quien quiera replantar hoy el parque, esas estrofas le valen tanto como el cuaderno de un jardinero.

Y el poema acaba con el hayedo danés montando guardia fiel sobre el jardín sureño, con luz de luna, niebla sobre el prado y las torres de Aalholm velando el parque dormido. Aarestrup le había cantado al plátano como médico de Nysted. Munch le cantó a todo como yerno de la casa. No hay muchas casas señoriales que puedan presumir de dos poetas bajo el mismo árbol.

44. 1875 – El nombre

Pero Gregers hizo una cosa que todo el mundo le ha agradecido desde entonces.

El condado se llamaba Christiansholm desde 1734, por un muchacho que murió a los veinticinco sin dejar rastro. El castillo

siempre se había llamado Aalholm: desde las anguilas, desde el rey en el sótano. Durante cien años los dos nombres convivieron, y uno de ellos era el bueno.

Gregers pidió permiso para cambiarlo. Y se lo dieron. El condado de Christiansholm pasó a ser el condado de Aalholm. El conde loco le devolvió al castillo su nombre.

Murió sin hijos en 1875. Su hermano Julius tomó el relevo y murió en 1879, tampoco con herederos. Esa rama de la familia se había extinguido, y el condado de Emerentia, el que tenía que heredarse hasta el fin del mundo, se quedaba sin amo. Según el acta de fundación, ahora debía volver al rey.

Uno se imagina a la Dama Blanca en esos años. Señor sin hijos tras señor sin hijos. Debió de pasearse lo suyo.

45. 1880–1881 – El Tribunal Supremo

Pero había una rama lateral.

Josia Levetzau, de Lekkende, consejero privado y sobrino del hijo de Emerentia, era familia lejana… pero familia, y tenía un derecho. El rey tenía otro. En 1880 un historiador ciego escribió sobre el caso, y en 1881 la pelea por Aalholm llegó al Tribunal Supremo.

No fue una batalla de espadas, sino de pergaminos: el acta de fundación de Emerentia, leída y releída por los mejores juristas del país, árboles genealógicos, normas de sucesión… y la eterna pregunta de qué había querido decir una señora mayor, siglo y

medio antes, al escribir «para siempre jamás».

Levetzau ganó. Se quedó con el condado y el título, y el apellido pasó a ser Raben-Levetzau. Nueve generaciones de una familia en un mismo castillo: esa era la obra de Emerentia, y aguantó porque la había dejado por escrito.

Josia murió en 1889. Su hijo llevaba la finca desde 1881 e iba a ser conde cuarenta y cuatro años, hasta 1933. Se llamaba Frederik Christopher Otto Raben-Levetzau. La posteridad lo llamó la Excelencia.

Y heredó una ruina con vistas.

CUARTA PARTE: LA EXCELENCIA

46. 1882 – El joven y el jardín

Aalholm estaba hecho una pena. No destrozado como después de los suecos, sino abandonado, como se queda una finca cuando dos hermanos viejos y sin hijos se han gastado el dinero en cenadores. Los bosques mal cuidados, los campos mal drenados, la granja pegada al castillo como en la Edad Media… y oliendo igual. El gran parque de Frederik Christian se les había subido a todos por encima de la cabeza, y las lápidas de Gregers estaban torcidas en caminos comidos por la maleza.

El joven Frederik Raben-Levetzau tenía veinticinco años, estudios de economía política y recuerdos de las grandes capitales: había estado en el servicio exterior en Viena y París. Sabía cómo tenía que ser una gran casa europea. Y decidió que Aalholm lo sería.

Empezó por el jardín. En 1882, antes incluso de ser conde, se trajo al inglés H.E. Milner, el mejor paisajista de su tiempo.

Milner se paseó por la selva de uno y el laberinto latino del otro y dibujó un plan de conjunto: conservar lo antiguo, rehacer el jardín de recreo a la inglesa y dejar que el Prado de los Caballos se fundiera en un paisaje que bajara hasta la albufera.

A lo grande. Ciento setenta hectáreas. La carretera de Sakskøbing, que pasaba justo debajo de las ventanas, se llevó al norte, a un dique nuevo con el nombre magnífico de *Alverdens Gang*, el Paseo de Todo el Mundo. Se dragó el lago de los Juncos y en medio se hizo una isla de dos hectáreas llena de parterres, *el Arreglo*, donde cada año se plantaban entre trece y quince mil flores. Junto a la avenida de castaños, detrás de un muro de granito fino, se hizo un huerto y frutal de cinco hectáreas y media, con palmario, invernadero de uvas, invernadero de melocotones y, en el centro, una torre de agua de doce metros.

La condesa tuvo su propia isla en el lago. Todavía se llama la Isla de la Condesa. Uno puede ponerse hoy donde ella se ponía y ver el castillo desde el agua como lo veía ella: rojo, pesado… y sin embargo, con la luz de la tarde, sonriendo.

47. 1884 – El inglés y los faisanes

El primer año se cazaron en Aalholm siete faisanes. Siete.

El faisán era un recién llegado en Dinamarca. En 1761 Moltke había recibido en Bregentved veinte huevos de la faisanería real; una pava los tenía que empollar en casa del guarda, y en primavera los pollitos estaban muertos a picotazos. En el siglo

XIX había dos escuelas. La alemana soltaba aves casi adultas y no les quitaba el ojo de encima. La inglesa soltaba los pollos con cuatro o seis semanas. Salían más salvajes, más fuertes y mejores voladores… pero entonces había que acabar sin piedad con todo bicho que tuviera garras o pico ganchudo.

El maestro de la escuela inglesa en el país se llamaba Robert Richardson. Llegó a Aalholm en 1884 con el joven guarda Frederik Saurbrey como mano derecha. En dos años el cupo subió a cuatrocientos setenta y seis. De siete a cuatrocientos setenta y seis no es un progreso. Es un milagro.

La Asociación Danesa de Caza, fundada ese mismo año, publicaba los resultados: en 1887 Aalholm declaró doscientos seis faisanes y todo el condado cuatrocientos trece de dos mil dos piezas. Frijsenborg tenía ochenta. El faisán era tan nuevo que ni salía en la ley de caza, pero en el mercado ya tenía precio: dos o tres coronas el macho.

En 1888 Frijsenborg se llevó a Richardson. Saurbrey acabó de guarda mayor en Bregentved, donde la faisanería se convirtió en pura industria: ocho mil huevos en 1929. Una foto de 1913 lo muestra junto a Cristián X, y Svend Fleuron lo usó de modelo para el despiadado «Bomba» de su novela. La marcha triunfal del método inglés en Dinamarca pasa por Aalholm.

Y las grandes cacerías de otoño, a las que venían reyes y príncipes a Lolland, se apoyaban en siete pájaros flacuchos de 1884 y en un inglés que sabía lo que había que hacer para convertirlos en cuatrocientos.

48. 1885 – Las águilas reales

El 15 de marzo de 1885 se mató un águila real junto a Aalholm.

Sabemos la fecha exacta porque Jonas Collin escribe en su gran catálogo de las aves de Dinamarca, de 1895, bajo *Aquila fulva*: «Junto a Aalholm, 15 de marzo y 24 de octubre de 1885». Una revisión moderna de todos los hallazgos raros pone una marquita en las dos aves: «sk». Abatidas.

No era una rapaz cualquiera. Más de dos metros de envergadura, hasta seis kilos y unas garras hechas para la liebre y las aves; es decir, para lo que una finca de caza consideraba *su* caza. Las fechas cuadran con la migración: águilas escandinavas de visita invernal que planeaban sobre la llanura de Lolland. Hoy se sacarían los prismáticos. En 1885 se sacó la escopeta.

No se escandalicen tan deprisa. Entonces las grandes fincas dividían la naturaleza en dos: lo que querían tener más —liebres, perdices y faisanes— y lo que se lo comía: zorros, martas, cornejas y rapaces, a las que los guardas llamaban «alimañas» y por las que cobraban a tanto la pieza. La Asociación de Caza lo llevaba hasta en el programa: proteger al ánade real y exterminar a las rapaces.

Y en Aalholm acababan de soltar en el bosque faisanes de cuatro semanas.

1884: la faisanería. 1885: dos águilas. Ninguna fuente dice quién disparó ni por qué, y aquí no se va a afirmar. Pero las dos

cosas son de la misma historia. El 16 de noviembre de 1889 cayó una tercera águila junto a Aalholm.

Hay una paradoja en todo esto. Los naturalistas de la época conocían muchas aves porque las habían abatido, disecado y comunicado a las revistas de caza. La destrucción se convirtió en fuente de conocimiento. Frederik Christian había coleccionado pájaros para entenderlos. Los guardas de sus descendientes los mataban para proteger a los faisanes… y así los convertían en ciencia.

Protegida en época de cría en 1922 y del todo en 1967, el águila real volvió, y en 1999 una pareja sacó pollos adelante en Dinamarca. Si mañana apareciera una planeando sobre los bosques de Aalholm, nadie iría a por la escopeta. La gente se pararía. Harían kilómetros para verla.

49. 1885–1889 – El castillo recibe su cara

En 1885 la Excelencia trasladó la granja kilómetro y medio al norte, lejos del castillo y cerca de los campos. Un conjunto nuevo, dibujado por una mano en la que se reconoce la del arquitecto Hans J. Holm. Donde estaba la granja vieja se hicieron cuadras para veinte caballos de silla y tiro y una cochera para los carruajes de gala.

Y entonces, en 1889, empezó la gran obra.

Hans J. Holm era catedrático, historicista y estaba enamorado de la Edad Media. Tan enamorado que inventaba más donde

faltaba. Se plantó en el gran patio, miró el rectángulo que el rey había trazado en el siglo XIII y vio lo que podía hacer con él.

Partió el patio en dos con alas transversales y grandes torres cuadradas. Una avenida ancha llevaba al centro del conjunto, ahora simétrico, donde se entraba en un patio de honor con una torre de escalera descomunal. Fachadas y patios se llevaron todo lo que el historicismo podía pedir prestado: arcos de medio punto y ojivales, balcones, miradores, buhardillas forradas de cobre, hastiales escalonados, teja y pizarra, entramado de madera con ménsulas talladas, un pintoresco «pimentero» en el ala norte y, al oeste, unas troneras nuevas y grandes por las que nadie iba a disparar jamás.

El observatorio de Frederik Christian se fue al suelo. El astrónomo tuvo que dejar paso al arquitecto.

En la fachada Holm puso el sello de la Universidad de Copenhague y el año 1232, el supuesto nacimiento del castillo bajo Cristóbal I. Con una fecha esculpida en piedra no se discute.

Por dentro, aquello era un teatro. Uno entraba en la escalera de peldaños de mármol y paneles de roble, y un órgano empotrado lo recibía a todo volumen. El vestíbulo era Edad Media: arcos, columnas, vigas pintadas. El ala norte, una sucesión de salones de gala: gabinetes, comedor, salón de los caballeros, salón de baile, cuero dorado en las paredes, damasco, parqué de marquetería, puertas de dos hojas con tiradores de latón y estucos. Una fila de habitaciones con camas de dosel esperaba a los invitados, con la casa real a la cabeza.

Y durante las obras, debajo de la cal de la sala este del ala norte, los albañiles encontraron el nombre de Federico II, el de la reina Sofía, los de los consejeros… y abajo del todo, con gorro y jarra, Christoffer Koryot. El bufón había esperado trescientos años. Por fin había fiesta otra vez.

Los anticuarios del futuro se llevarían las manos a la cabeza por tanta piedra tirada y tanta autenticidad perdida. A los de la época se les cayó la mandíbula. Quitando Frijsenborg, ninguna casa señorial danesa le llegaba a Aalholm a la suela de los zapatos. Nadie hablaba todavía de proteger monumentos. Querían recrear. Y recrearon.

50. 1890 – La montería que nunca fue

En mitad del bosque de Roden hay un sitio demasiado geométrico para haberlo hecho la naturaleza. De una glorieta, la Rotonda, salen ocho caminos rectos como una vela atravesando el bosque, como los radios de una rueda.

Es el bosque clásico de la caza *par force*, a caballo con jauría: desde la estrella se siguen perros y presa hasta el final de las largas perspectivas. Así se trazaron los grandes cazaderos reales de Europa en los siglos XVII y XVIII, y los del norte de Selandia están hoy en la lista de Patrimonio Mundial de la UNESCO precisamente por esa geometría.

¿Se cazó entonces par force en Aalholm? Casi seguro que no. El historiador de la caza Jesper Laursen lo dice sin rodeos:

la estrella se trazó hacia 1890, cuando Roden se convirtió en coto, pero no parece que sirviera para nada práctico. Tenía valor simbólico. La caza par force llevaba más de cien años abolida en los bosques de la Corona cuando se abrieron esos caminos.

¿Entonces, para qué?

En 1882 la Excelencia había estado en la famosa cacería par force de Frijsenborg, donde el conde Mogens Frijs, con jauría importada y montero inglés, había resucitado el capricho de los reyes. Otto Bache pintó el final de la cacería, y entre los jinetes, con levita verdosa, sombrero marrón y calzón blanco, se reconoce al conde Frederik Raben-Levetzau de Aalholm.

Había cabalgado allí. Ocho años después Roden tuvo su estrella.

No hay un solo papel donde el conde diga que quería la suya. Pero si la relación es cierta, la cosa tiene su elegancia: no quería la caza. Quería el paisaje de la caza. Mientras Holm convertía el castillo en un teatro medieval, una estrella en el bosque decía: esto es una casa grande.

El ingeniero de montes Carl E. Kann, que cuidó los bosques de 1875 a 1918, tiene su piedra conmemorativa en mitad de la Rotonda. La estrella se abrió en su tiempo, quizá según su dibujo. Los ocho caminos siguen saliendo de allí, como si los jinetes fueran a aparecer en cualquier momento entre los árboles. No aparecieron nunca. Aalholm tuvo su estrella y ninguna montería.

51. 1891–1908 – La lista de invitados

Vinieron.

En 1891 se alojó en Aalholm el príncipe de Siam: un joven príncipe asiático al que habían mandado a conocer Europa, que dormía bajo un dosel danés y se paseaba entre robles americanos y osos disecados mientras los jardineros plantaban quince mil flores. En noviembre de 1902 vinieron los príncipes herederos, cuatro días. En 1906, el rey Federico VIII.

Y en 1908 los dos hombres cuya rivalidad, seis años después, iba a pegarle fuego al mundo: el káiser Guillermo II y el rey Eduardo VII. Mismo castillo, mismo parque. Imagínenlos paseando entre las lápidas latinas de Gregers: el káiser con el bigote engominado hacia arriba y el brazo atrofiado que siempre escondía, y el orondo rey inglés con su puro, hablando de cosas que ninguno de los dos pensaba. El órgano de Holm les había dado la bienvenida. Koryot los miraba desde su pared.

Los que pasean juntos por los jardines de los poderosos no siempre saben que se volverán a ver en los mapas del estado mayor.

La Excelencia los recibía a todos. Pero Aalholm no lo era todo. En el censo del 1 de febrero de 1906 había en el castillo una sola persona: el ama de llaves. El conde estaba en Copenhague, en Amaliegade 17, casi bajo el canalón del rey, con doce criados. La condesa estaba «en el extranjero», seguramente en la Villa Beaulieu de Cannes. En la granja vivían ese mismo día cuarenta

y cuatro personas, ciento veinte vacas, veintisiete caballos y, en verano, diez chicas polacas en la remolacha.

Un castillo para un ama de llaves, una granja para cuarenta y cuatro. Y en la isla del lago de los Juncos, quince mil flores que no miraba nadie.

52. 1901 – El pueblo empieza su diario

A principios del siglo XX un hombre de Nysted se puso a hacer algo que se ve poco: describir su pueblo tal como era, calle a calle y casa a casa, y luego apuntar año tras año lo que iba cambiando.

Era el médico del pueblo, C.A. Hansen. Su primer tomo se llamó *Status 1901*: un inventario, una foto fija del pueblecito de la albufera justo antes de que el mundo viejo se topara con el nuevo. Ni tren ni torre de agua, pero sí un puerto, casas de comerciantes, un ayuntamiento viejo y quinientos años de historia. Hacer inventario antes de empezar la crónica era darles a los que vinieran después una vara de medir para todo.

Él mismo llevó la crónica desde 1902, y otros la siguieron hasta que John Voigt soltó la pluma en 2006. Dos guerras mundiales, la llegada y la marcha del tren, los altibajos del puerto, bodas e incendios: todo lo apuntó gente que no sabía cómo acababa la historia, y que precisamente por eso se fijaba en los detalles.

Para Aalholm es un cofre del tesoro: el castillo visto desde el pueblo. Es la crónica la que cuenta cuánto costó la Villa Marina

de Munch. Son sus precios, sus nombres y sus fechas, que no guarda ninguna otra fuente. Está en el archivo local de Nysted, digitalizada. Y a lo mejor hay una invitación callada en que se pare en 2006: la crónica de Nysted espera a su próximo cronista.

53. 1903 – El hijo del campesino del brezal

El 1 de mayo de 1903 un jutlandés de diecisiete años se bajó del tren en Nysted con una maleta pequeña donde le cabía el mundo entero.

Marius Nielsen era huérfano. Venía de una granja de brezal cerca de Læborg, donde la arena daba poco y lo exigía todo, y donde su padre recogía las pajas que se caían en el pasillo del establo porque no se podía tirar nada. Había servido dos años y medio en casa de un campesino: sin horario, sin un día libre y sin futuro. Su hermano, cochero en Hardenberg, le enseñó la salida: métete de alumno agrícola en una finca grande.

De Lolland sabía dos cosas. El maestro le había contado que en el condado de Ålholm se cultivaban frutas del sur en un parque. Y en su casa contaban lo de la vieja que entraba en la botica de Nysted a pedir *cayena por diez øre, cayena, cayena*, con un acento que hacía partirse de risa a los chavales de Læborg. Ni las frutas ni el acento eran exageraciones.

Fue, escribiría después, una revolución en su vida. En vez de brezal y matojos raquíticos: tierra negra, hayedos verde claro, el Báltico y las barcas de pesca. Un cuarto para él solo, con

estufa, palangana y lámpara, y una chica que le hacía la cama y le encendía el fuego para que estuviera caliente al volver. De abril a noviembre, una petaca de aguardiente para el campo. En Pascua, diez huevos duros por cabeza. Horario fijo… y al terminar uno podía ir adonde le diera la gana sin pedir permiso a nadie. Se sentía, dijo, *profundamente avergonzado de tanta bondad*.

La bondad tenía nombre: el arrendatario Ulrich, un viejo de barba blanca y larga, y su mujer, que cada domingo pasaba por los cuartos con toallas limpias. Un domingo de abril se plantó en la puerta de Marius.

—¿No tiene usted fuego en la estufa?

—Ya no hace falta, señora.

Ella se estremeció y dijo que hacía frío. Él nunca la olvidó por esas palabras.

La granja era un negocio grande: setecientos toneles de tierra, catorce yuntas, ciento setenta vacas lecheras y doscientos cincuenta cerdos. El administrador, Baggesen-Schmidt, decía descender del poeta y ganaba cuatrocientas cincuenta coronas al año; un alumno, ciento ochenta. Las máquinas dejaron al jutlandés sin aliento. En casa se había pasado un invierno entero trillando con el mayal. Aquí una trilladora de vapor sacaba doscientos sacos al día. La paja se usaba de cama para el ganado, y el estiércol se llevaba al prado más bonito que había visto en su vida… y se enterraba con el arado. En su casa habrían llorado.

En verano, los domingos, se bajaban las catorce yuntas por

la calle mayor hasta la playa, donde los mozos se desnudaban, montaban a pelo y metían a los caballos en el agua hasta que perdían pie y nadaban. Un caballo que nada, escribió, no tiene fuera del agua más que la cabeza.

Y luego estaba el castillo. Marius lo vio desde fuera, desde el lado de la granja, y por eso su mirada vale oro. Veinte caballos en la cuadra del conde, cinco mozos de librea amarilla con calzón y sombrero duro: barba prohibida, patillas obligatorias. Un palafrenero que acompañaba a las condesitas cuando saltaban las gavillas a galope tendido. Cinco lacayos, un cocinero de Pomerania y un ayuda de cámara que seguía al conde a París y a Egipto. Marius hizo la cuenta con frialdad: todo aquello lo pagaban las ocho fincas del conde. Y la gente que araba la tierra no tenía de ella ni para llenar una maceta.

Hubo una cosa que se le quedó grabada. Cuando el conde, y sobre todo la condesa, daban una orden, nunca era *¿podría usted?* ni *¿querría usted?*. Era: *¡Tú debes!* Así, con énfasis, como para subrayar bien el abismo entre el rico y el pobre Lázaro. Así hablaba la alta cultura, apuntó Marius con sorna, cuando uno era conde, chambelán, montero mayor y —dos años después— ministro de Asuntos Exteriores.

El mundo cambiaba de un año para otro. El conde no tenía coche. Pero precisamente aquel año se abrió una línea de autobús entre Nysted y Nykøbing, la primera del país según Marius, elegida porque no había cuestas. La única cuestecita estaba junto a la granja, y ahí el autobús se calaba y se iba para atrás. Los

pasajeros bajaban a empujar y nadie se enfadaba. En Nysted vio su primera película: un barbero que le cortaba la cabeza al cliente, se la afeitaba encima de la mesa y se la volvía a poner. Entonces la gente se reía, escribió cincuenta años después, y todavía hoy se le escapa a uno una sonrisa.

Solo estuvo un año. Pero su padre tenía la costumbre de decirles a sus hijos que no servían para nada —no por maldad, sino por ignorancia—, y Marius había salido al mundo sintiéndose menos que los demás. Al irse, el arrendatario Ulrich le escribió una recomendación que terminaba diciendo que era un placer recomendarlo a cualquiera que lo necesitara. Esa frase le sirvió después. Pero lo más importante, escribió, fue que le devolvió la fe en sí mismo.

Condiciones tan buenas, añadió, *no las ha habido en Ålholm ni antes ni después.*

Es el único testimonio del Aalholm de la Excelencia escrito por alguien con una horca de labranza en la mano. Todos los demás vieron el castillo desde los salones. Marius lo vio desde el Prado de las Novillas.

54. 1905 – El ministro

En 1905 el conde fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores.

Nada hacía pensarlo. El gobierno de J.C. Christensen era un gobierno de campesinos, y Raben-Levetzau era de derechas, terrateniente, chambelán y consejero del Landmandsbank. Pero

el reino necesitaba un ministro que hubiera visto mundo y hablara idiomas, y de esos entre los campesinos había pocos. El conde había estado en Viena y París, había sido comisario general de Dinamarca en la Exposición Universal de 1900 y presidía la comisión que reconstruía Christiansborg. O sea, levantaba un palacio en Copenhague mientras Holm le daba la vuelta a otro en Lolland.

Durante tres años llevó las relaciones del pequeño reino con una Europa en la que Alemania crecía, Schleswig seguía siendo alemán y cada frase había que pesarla con balanza de joyero. Luego llegó el escándalo Alberti. Se fue, y el gobierno se cayó con él.

Nunca volvió a la política, salvo para presidir el consejo parroquial de Nysted. Pero entre sus muchos cargos, que el libro de casas señoriales de 1938 enumera entre la Sociedad Geográfica y el capítulo de las órdenes, hay uno que se lee de corrido: *presidente del Real Automóvil Club de Dinamarca*.

Apúntenlo. Va a tener su importancia.

55. 1905 – Noruega se busca un rey

El 7 de junio de 1905 el Storting declaró disuelta la unión entre Noruega y Suecia. Estocolmo gritó traición, la flota sueca se paseó frente a Strömstad, Noruega movilizó a medias y las negociaciones de Karlstad estuvieron a un tris de irse al garete.

Y luego había que decidir qué iba a ser Noruega: ¿república o

reino? Y si reino, ¿con qué rey?

Por cortesía, el trono se le ofreció primero a un príncipe sueco. El rey Óscar no quiso ni oír hablar del tema. El gobierno noruego tenía desde el principio otro nombre en la manga: el príncipe Carl de Dinamarca, oficial de marina, segundo hijo del príncipe heredero y casado con Maud, hija del rey Eduardo VII de Inglaterra. Un rey con sangre nórdica y línea directa con Londres. Ni hecho de encargo.

Pero a un príncipe danés no se lo lleva uno de Copenhague a espaldas del gobierno danés. Y el ministro de Exteriores de ese gobierno era el conde de Lolland.

Por el lado noruego, el que movía los hilos era el diplomático Fritz Wedel Jarlsberg, destinado en Copenhague. El Diccionario Biográfico Danés lo dice en dos líneas: Raben-Levetzau transmitió al príncipe Carl la propuesta de Wedel Jarlsberg. El conde de Aalholm estaba entre el enviado y el futuro rey.

El 29 de junio el príncipe dijo que sí… con condiciones: que el rey Óscar hubiera renunciado del todo en nombre de su casa, que tanto su abuelo Cristián IX como su suegro Eduardo VII dieran el visto bueno y que Noruega y Suecia arreglaran antes su divorcio.

El conde tenía además otra preocupación: Estocolmo. Si Dinamarca ayudaba demasiado a la vista de todos a que Noruega tuviera un rey danés, podía estropear la relación con Suecia para una generación. Y un país pequeño con Alemania en la nuca no puede permitirse enemigos en el norte. Así que al mismo tiempo intentó suavizar las exigencias suecas, sobre todo la de

desmantelar las fortalezas noruegas de la frontera, el punto más caliente de Karlstad. Dinamarca quería el trono para su príncipe, pero no podía parecer que lo había ganado.

El 26 de octubre Óscar renunció. Entonces el príncipe quiso el sí de los propios noruegos: se hablaba de republicanos. El primer ministro Michelsen prefería ahorrarse el referéndum, pero el ministro danés, la corte danesa y el propio príncipe se plantaron. Michelsen cedió. El 12 y 13 de noviembre votaron que sí 259.563 y que no 69.264. El 18 el Storting eligió al príncipe por unanimidad. El telegrama llegó a Copenhague por la noche, y tres horas después Carl dijo que sí y tomó el nombre de Haakon VII. El 25 de noviembre, entre nieve y niebla, Drøbak recibió a los nuevos reyes.

Haakon reinó cincuenta y dos años, aguantó a pie firme a los alemanes en 1940 y fue el rey más querido de Noruega. La casa real que hoy se sienta en Oslo empieza con él. Y entre bambalinas, en su nacimiento, aparece un noble de Lolland.

56. 1908 – El conde va a ver al rey

El martes 8 de septiembre de 1908 los ministros esperaban en la Aduana de Copenhague a la emperatriz viuda Dagmar y a la reina Alejandra de Inglaterra. Mientras oteaban el barco, el ministro del Interior le susurró al jefe del gobierno que el ministro de Justicia, Alberti, acababa de entregarse a la policía por estafa y falsificación. Christensen escribió esa noche en su diario: un

trueno. No se atrevió a decirle nada a Federico VIII en plena ceremonia y le pidió al hermano del rey, el rey Jorge de Grecia, que se lo contara de vuelta a palacio.

Alberti había afanado quince millones, lo bastante para comprar Lolland entero. Y Christensen estaba tocado por partida doble, porque ese mismo año había hecho que el Tesoro prestara millón y medio a la caja de ahorros que presidía Alberti.

De la Aduana fueron derechos a consejo de ministros. Christensen mismo preguntó si debían dimitir. Dos ministros dijeron que sí, entre ellos el conde Raben. Los demás, que no: dimitir era confesar. Seguirían hasta que se reuniera el Parlamento.

Al conde aquello no le convencía. El viernes habló de irse; por la noche lo puso por escrito. El sábado 12 de septiembre, a las nueve y media, estaban los dos frente a frente.

—Me mantengo, señor presidente. Pero antes quiero hablar con el rey.

Christensen entendió que volverían a hablar antes de decidir nada. El conde estuvo en el consejo de las diez y en la audiencia con el rey Jorge de las once y media. Hacia la una entró el secretario del gabinete en el despacho de Christensen: el rey lo recibiría entre las dos y las tres. El conde Raben había pedido su cese… y se lo habían dado. Todavía estaba hablando cuando llegó un recadero con la carta del conde.

Christensen echaba humo. Camino de palacio se cruzó por casualidad con Raben en la calle. Cruzaron dos palabras y se

despidieron, dice el diario, bastante secos.

Federico VIII estaba nervioso. Le comunicó que el conde se había ido y le pidió ahora la dimisión de todo el gobierno. Luego habló largo rato de Alberti, del préstamo y de la defensa. Y ahí salió la otra pelea: Raben quería fuertes al sur de Copenhague, de la bahía de Køge a Roskilde. Si Christensen los proponía, dijo el rey, el conde se quedaba.

Christensen dijo que no, con la frase que se cita desde entonces: no podía comprar al conde Raben por unos cuantos fuertes.

El gobierno aguantó unas semanas y cayó el 12 de octubre. Christensen dijo a sus amigos que el conde había actuado por un malentendido, pero de buena fe. Y que lo más raro era que el propio Raben creyera que iba a estar en el gobierno siguiente. El que tumba un gobierno sin querer suele creer que encima se lo van a agradecer.

Alberti fue la causa y el préstamo, el punto débil. Pero fue el conde de Aalholm el que fue a ver al rey. Cuando salió, el gobierno ya se estaba cayendo. Se volvió a Aalholm y no se le volvió a ver en la política del reino.

57. 1909 – El médico que escribió la historia del pueblo

Nysted cumplió quinientos años en diciembre de 1909 y el ayuntamiento quería un libro. Otra vez fue el médico quien lo

escribió.

Carl Adam Hansen, el padre de la crónica, pidió disculpas: aquello debería haberlo hecho «un historiador de oficio», y Nysted había sido «siempre un pueblecito modesto». Se equivocaba de medio a medio sobre lo que valía su libro.

Salvó en él dos fuentes. Una, el manuscrito del sacristán Wejer de 1761 sobre las lápidas de la iglesia, que se había prestado y nunca devuelto; por suerte él había sacado copia. La otra, la partida de nacimiento del pueblo, la carta de Erik de Pomerania del 7 de diciembre de 1409, quemada con el ayuntamiento en 1654. La copió en la Biblioteca Real a partir de la transcripción de Resen: libertad «de toda atadura, trabajo e impuesto… para con nuestro castillo de Aaleholm».

Contó lo de Johanne Lerche y su atizador. Anotó que el joven conde Christian había vivido en la granja porque el castillo era inhabitable, y que ya en 1551 se habían reutilizado en Aalholm los ladrillos del convento franciscano derribado: el convento al que el castillo había protegido acabó metido en sus muros. Guardó la paja de 1864.

Y metió el episodio de 1848, cuando Gregers le ofreció al pueblo de siete a nueve cañoncitos para el reducto —las «cabezas de gato», que en 1909 todavía disparaban salvas el cumpleaños del rey— con una carta que al presidente del consejo le pareció «escrita en un tono burlón y ofensivo». El conde loco seguía siendo el conde loco, también cuando hacía regalos.

El libro acaba mirando al futuro: «La línea del ferrocarril a

Nykøbing está ya trazada, y dentro de un año o dos tendremos tren». Y con un deseo: «¡Que Nysted camine hacia un futuro claro y feliz!».

Aarestrup había sido médico en Nysted y escribía poemas. Hansen fue médico y escribió historia. En ese pueblo hay una saga de médicos a los que curar no les bastaba.

58. 1913 – Llega el rey

En octubre de 1913 Cristián X vino a Aalholm, y el preceptor lo vio desde su ventana.

Es uno de los testimonios más entrañables del castillo: ni el conde ni el rey, sino un muchacho contratado para dar clase a los niños, que miraba y apuntaba. El coche del rey en el dique. Los criados en fila. El conde de uniforme, cargado de medallas. El rey, alto y tieso como un mástil, bajando y saludando. La música, las banderas y la gente de Nysted a lo largo del camino.

Ese año fotografiaron al servicio delante de la fachada de Holm: lacayos, doncellas, cocineros, jardineros y cocheros con sus mejores galas, con cara de saber que formaban parte de algo.

Fue la cumbre. Aalholm era en 1913 todo lo que la Excelencia había querido: una casa de categoría europea, un rey de invitado, un parque en plena gloria y manos de sobra para que todo funcionara.

Al año siguiente empezó la guerra. Las cumbres tienen eso: solo se reconocen cuando ya se está bajando.

59. 1915–1921 – La factura, segunda parte

Lo primero que la Gran Guerra le quitó a Aalholm fueron los jardineros.

Dinamarca era neutral, pero el mundo no. Subieron los precios, desaparecieron los hombres, y la gran plantilla que pedían jardines, edificios y vida social ya no se podía mantener. Las quince mil flores del Arreglo se quedaron en menos, el Sistema se llenó de maleza y el gran huerto pasó a ser un vivero comercial que tenía que dar dinero.

En 1915 sonó el teléfono en Aalholm: se negociaba la venta de las Antillas danesas a Estados Unidos y le pedían consejo al exministro. Dinamarca vendió sus islas tropicales por veinticinco millones de dólares.

En 1918 se construyó en el parque la Casa de los Osos, en memoria de los osos del conde loco. En 1919 se casó en el castillo una hija del conde: la última gran boda. La condesa, inglesa de corazón, había montado cerca de Nysted un trocito de Inglaterra: la Escuela Inglesa.

Y entonces llegó la abolición de los mayorazgos.

La ley se aprobó en 1919. Los condados —el de Emerentia y todos los demás, todo el sistema de tierra vinculada que había sostenido a la nobleza doscientos años— se disolvían. La tierra quedaba libre a cambio de un pago al Estado y de tierra para pequeños campesinos. Para Aalholm eso supuso en 1921 1.767.000 coronas para el Estado, 2.115.600 para el fondo de

sucesores y 269 hectáreas para treinta y cinco parcelas estatales. El conde peleó para salvar el propio Aalholm y aquí solo cedió sesenta y ocho hectáreas; Bramsløkke, Egholm y su finca de Beldringe, en Selandia, pagaron el resto.

El condado de Aalholm dejó de existir. El castillo era solo un castillo, y la tierra, solo tierra. El conde tenía sesenta y dos años. Reinó doce más sobre lo que quedaba.

60. 1920 – La hora decisiva de las casas señoriales

A principios de los años veinte salió una de las obras más ambiciosas que se han escrito sobre casas señoriales danesas: *Danske Herregaarde ved 1920*, tres tomos gordos y casi dos mil páginas. Aalholm tuvo su capítulo en el segundo.

Todo está en tres palabras del título: *hacia 1920*. Con la constitución de 1915 y la ley de 1919, Dinamarca había decidido liquidar lo que quedaba de la sociedad de privilegios. Cuatro hombres —el genealogista Louis Bobé, el historiador de la arquitectura Vilhelm Lorenzen, el barón Berner-Schilden-Holsten y el barón Palle Rosenkrantz, jurista y primer autor de novela policíaca del país— quisieron dejar fijado ese mundo tal como estaba en el momento en que desaparecía. Dos sabios y dos nobles levantando un monumento al mundo que la ley estaba desmontando.

Y cuando se hizo la foto, Aalholm estaba en la cima de su segunda edad de oro: el castillo de Holm, la visita real de 1913

con tronos, mil lámparas y fuegos artificiales, y un señor que había sido ministro.

Pero en el castillo sabían muy bien lo que significaba 1920, y por partida doble. Fue entonces cuando el friso de escudos del salón de los caballeros recibió, junto a las armas de Schleswig, la inscripción: *hasta 1864, otra vez 1920*. La alegría de la reunificación y el mazazo de la abolición, pintados en las mismas paredes el mismo año.

La familia aguantó tres generaciones más, hasta 1995, pero como propietaria, ya no como titular de un mayorazgo. La obra no envejece, porque es una instantánea. Fue la última mirada a la Dinamarca de los condes mientras todavía estaba viva.

61. 1931 – El jardín encuentra a su historiador

Johannes Tholle fue jardinero, paisajista y sobre todo un escritor incansable que durante medio siglo rescató del olvido jardines, parques y cementerios de todo el país, parroquia a parroquia.

En 1931 escribió doce páginas para el anuario histórico de Lolland-Falster sobre *El jardín del castillo de Aalholm* de 1796 a 1920: la primera historia del parque.

Doce páginas no son nada. Pero cuando la historiadora de la ciencia Gerd Malling hizo balance en 2002 de las colecciones de los condes, comprobó que el arboreto de Frederik Christian era «la única parte de su obra que se ha recordado hasta hoy», y que era gracias a Tholle. Llegó justo a tiempo, cuando todavía

quedaba gente que había conocido el jardín en su esplendor. Reunió las palabras del propio conde sobre «mi jardín inglés de Christiansholm», las mil quinientas especies de 1833, los elogios de 1849 y 1869, los versos de Munch y el informe del jardinero Larsen de 1897.

Fue un discurso fúnebre. Pero también una herencia. Los herbarios se vendieron, los pájaros se dispersaron, las partituras se olvidaron y los muebles se subastaron. Pero un jardín no se mete en una caja, y su historia sobrevivió porque un hombre, en 1931, se tomó la molestia de escribirla. Lo escrito se queda cuando las cosas se van.

62. 1933 – Adiós

La Excelencia murió en 1933, después de más de medio siglo en Aalholm.

El 5 de junio Cristián X vino a despedirse. Habían pasado veinte años desde que el preceptor lo vio bajar del coche en el dique. El rey había envejecido, y el país también: crisis, paro y condados que ya no existían. Pero vino. Una foto lo muestra alto y de uniforme, entrando en la escalera de Holm, donde por una vez el órgano estaba callado.

Al conde lo llevaron a la capilla de Nysted, junto a Emerentia y Otto Ludvig.

El hijo no heredó el título de conde: la abolición se lo había llevado por delante. Tuvo que conformarse con ser

barón. Johan Otto Raben-Levetzau tenía veintinueve años y heredaba un castillo de categoría europea, un parque de ciento setenta hectáreas, una granja, una villa en Cannes y un piso en Copenhague… y un siglo que no tenía sitio para nada de eso.

Barón, como se iba a ver, era más que suficiente.

QUINTA PARTE: EL BARÓN DE LOS COCHES

63. 1940–1955 – La restauración que se quedó a medias

Johan Otto Raben-Levetzau tenía un plan.

Se había criado en el Aalholm de su padre, en aquel teatro de ojivas y cuero dorado, y sabía, como cualquiera con ojos en la cara, que aquello ya no era un castillo medieval. Era un castillo de 1889 disfrazado de castillo medieval. El barón quería recuperar el de verdad.

En 1943 y 1944, en plena ocupación alemana, encargó una restauración que tenía que «disimular las intervenciones brutales del padre»: fuera buhardillas, fuera el falso revestimiento, y el ala de Margarita de vuelta a los tiempos de la reina. Algo consiguió. El ala de Margarita se restauró, desaparecieron buhardillas y cayó un trozo del muro falso. Pero había guerra, no había dinero, y después de la guerra el dinero no volvió.

En 1945 llegaron los refugiados: civiles alemanes, mujeres,

niños y viejos, empujados por el Ejército Rojo y desembarcados a miles en Lolland. En Stubberupgaard, una granja de la finca, se tendió alambre de espino, y detrás vivieron años mientras Dinamarca se preguntaba qué narices hacer con ellos. Diez años después, en 1955, llegaron los niños de la guerra a Skansevej 34. Otros desterrados, otros cuidados.

Aalholm pasó esa guerra como había pasado todas: estando ahí, abriendo las puertas y esperando.

Pero al barón esperar no se le daba bien. No era su padre, el conde paciente de los mil cargos, ni su bisabuelo, el naturalista viajero. Era, como dicen las fuentes con una sonrisa poco habitual en ellas, *juguetón*.

Y le volvían loco los coches.

64. 1944 – La película

El 31 de marzo de 1944 se proyectó en el Palads de Copenhague un documental de doce minutos como complemento de una película policíaca: *Las islas danesas de los mares del Sur*.

Era el cuarto año de la ocupación, y esa clase de películas servía para recordarles a los daneses qué era lo danés: el puente del Storstrøm, las iglesias, las casas señoriales, la remolacha y las azucareras, la playa de Marielyst, los transbordadores, Maribo, Nakskov, Sakskøbing… y Aalholm y Nysted. Dirigía Bjarne Henning-Jensen, con su mujer Astrid de ayudante y Poul Gram a la cámara.

La cámara se desliza sobre la albufera, sigue el dique y se acerca a la fachada de Holm, donde el sol hace brillar el ladrillo. Son las imágenes en movimiento más antiguas del castillo. El barón tiene cuarenta años y acaba de empezar con el ala de Margarita. Detrás del secadero de grano no hay todavía ni un solo coche. El parque sigue siendo el de Milner. La película existe todavía. Se puede ver en ella el Aalholm de la víspera de todo lo que vino después.

65. 1964–1972 – Gasolina en las venas

No era una afición. Era una vida.

El padre había presidido el Automóvil Club cuando el coche era un juguete de señoritos al que la gente se quedaba mirando. El hijo fue más allá. Compraba coches viejos, coches raros, coches imposibles, en Inglaterra, Francia y América, y se los hacía mandar a Lolland, donde los aparcaban detrás del secadero, en los graneros y en la cochera donde antes habían dormido las carrozas del conde.

Imagínense al administrador en los años cincuenta, un hombre sensato al frente de una finca que vendía campos y bosques, enterándose de que viene otro coche de América.

—¿Dónde lo ponemos, señor barón?

—Detrás del secadero.

—Ya hay catorce.

—Pues detrás de los catorce.

En 1964 la colección ya era un museo, y el barón lo convirtió en estrategia: Aalholm dejaría de vivir de la tierra y viviría de los visitantes. En 1972 se abrieron el castillo y el parque al público con trescientos vehículos: uno de los mejores museos del automóvil del norte de Europa, en un islote donde seiscientos años antes habían tenido a un rey encadenado. La gente vino a miles, de toda Escandinavia y de Alemania. Luego se paseaban por la escalera de Holm, el parque de Frederik Christian y la Casa de los Osos sin entender del todo lo que habían visto. Y volvían.

Lo llamaron *el barón de los coches*. Se lo tomó como un cumplido, y tenía razón.

66. 1965 – El hombre que leía los muros

Si hubiera que coronar a un rey entre las fuentes de esta historia, la elección sería fácil. Chr. Axel Jensen, el gran arqueólogo medievalista del Museo Nacional, escribió el capítulo sobre Aalholm de *Danske Slotte og Herregaarde*: el que sostiene todo lo demás. Lo escribió en los años cuarenta y lo puso al día en 1965, tan tarde que hasta el museo de coches recién abierto se coló dentro.

Hizo algo que no había hecho nadie: leer los muros como quien lee un manuscrito, hilada a hilada, y compararlos con las secas cuentas de los antiguos feudos.

El conjunto, escribe, «se ha formado pieza a pieza, ampliado

y cambiado a lo largo de un par de siglos, y apenas se terminó nunca». La torre noroeste, con muros de tres metros alrededor del sótano abovedado donde estuvo el rey, es la más antigua: siglo XIV. El muro norte y la torre noreste, con ladrillos flameados como los de Vordingborg, quizá sean de Valdemar Atterdag. Los sótanos de la esquina sureste, con restos de una escalera de caracol, son de principios del XV: «con todas las reservas, podría pensarse en Erik de Pomerania». Y la parte oeste del ala sur, donde una sala tenía hojarasca gótica pintada hacia 1400, lleva «no del todo sin razón» el nombre de ala de Margarita. Hasta resolvió el misterio de la quinta torre: era un tramo de tejado más bajo que hacía que la esquina pareciera una torre.

Encontró una carta de 1336 en la que el Conde Calvo renunciaba a sus derechos sobre «dat hus to Alholme», y de ahí sacó que Juan el Manso había construido en Aalholm.

Su número estrella es la obra de 1578 a 1588, reconstruida a partir de las cuentas. Se derribó una casa de piedra del convento de Nysted para aprovechar el material. Al gobernador Hak Ulfstand le perdonaron quinientos táleros de tributo durante tres años a cambio de pagar él a albañiles y carpinteros. La cal vino de Mariager y el pino, de Gotland. Y cuando los reyes vinieron a ver la obra en 1585 —la visita que el bufón dejó retratada en la pared—, se firmó, como escribe Jensen con una sonrisa que casi se oye, «quizá como resultado de las conversaciones durante la juerga, un nuevo contrato»: Ulfstand subiría a su costa las torres

inacabadas 3,77 metros. Pero Federico II murió en 1588. Y por eso a la torre oeste le falta todavía hoy el último piso, mientras la torre este es la más alta. Las torres desparejadas de Aalholm son el monumento a un rey que se murió con la obra a medias.

También se atrevió a juzgar. La reforma de 1889 la describe con lealtad, pero la sentencia en una frase: una residencia de lujo «propia del ministro de Asuntos Exteriores del país y hecha para grandes fiestas, totalmente en estilo internacional», que «podría estar en cualquier rincón del continente europeo». Haría falta un cambio de generación, escribió, para remediarlo. El barón había empezado en 1944, con el arquitecto Helge Holm, mientras el Museo Nacional sacaba a la luz los cimientos de la torre de la puerta.

Seguro que el barón le enseñó la casa hablando de coches. Jensen miraba las piedras. Cada uno con su colección. Y el capítulo termina con una imagen que da gusto: el nuevo Aalholm «sonríe alegre entre los árboles verdes hacia el amable fiordo».

67. 1968–1989 – Un tren de vapor, un caza y una cabina de teléfonos

No había quien lo parara.

Por el parque de Milner y de Frederik Christian hizo tender una vía estrecha y puso una locomotora de vapor de verdad: la Stubberup Strand Bane, que iba del museo a la playa echando

humo y pitando, con críos asomados a las ventanillas entre los árboles exóticos.

Le compró al ejército un avión de caza dado de baja y lo plantó en el parque infantil.

—¿Para qué lo quiere, señor barón?

—Para que los niños se suban encima.

—A sus órdenes, señor barón.

Compró una de las viejas cabinas de teléfono de Copenhague —esas casetas redondas con tejado de cobre donde se llamaba por diez øre— y la puso en el jardín al oeste del castillo, donde se quedó como un extranjero educado entre los rododendros y las lápidas latinas. ¿Por qué? Porque le hacía gracia.

Luego llegaron una cafetería, un parque infantil y, en 1989, un aeródromo privado desde donde se podía sobrevolar el castillo y ver lo que había visto el rey en 1256: el islote plano, el agua alrededor y los ángulos de tiro.

Y llegaron los del cine. En los sesenta y setenta Aalholm sirvió de decorado a una serie de comedietas danesas con señoritas ligeras de ropa y enredos en la casa de campo. El salón donde el bufón de Federico II había firmado la pared se usó para películas de destape, y por los salones de cuero dorado corrían actrices en salto de cama.

Koryot lo habría entendido. Se había pasado trescientos años con la jarra de cerveza en la mano esperando a que alguien volviera a reírse bajo su pared.

68. La Riviera – El chófer va por delante

El barón no vivía solo en Aalholm. Ninguno de ellos lo había hecho nunca.

Tenía una casa en Sankt Annæ Plads, en Copenhague. Tenía —y este es el detalle que mejor lo retrata— cuarenta hectáreas de dunas junto al fiordo de Ringkøbing, de las que se había enamorado en los años treinta y donde se construyó su propio pueblo de vacaciones: casas exóticas, pista de tenis y una piscina de agua salada que se llenaba desde el fiordo con una manguera. Un pueblo de vacaciones privado. En el oeste de Jutlandia.

Y tenía un yate a motor con tripulación en la Riviera.

Cuando el barón se iba a Cannes, volaba. Era moderno, y él era moderno. Pero un barón no llega al muelle en taxi. Así que mandaban al chófer por delante, desde Lolland, cruzando Alemania y Francia día tras día con el Rolls-Royce, para que al barón lo llevaran como Dios manda del aeropuerto al puerto.

Imagínense al chófer de Lolland, de uniforme, al volante de un Rolls por la Nacional 7, entre viñedos y pueblecitos, con el mapa en el asiento del copiloto y un barón al que recoger dentro de tres días. Y luego en Niza, con la gorra en la mano. El barón sale al sol, asiente, se sube y dice:

—Al puerto.

No era una locura. Era estilo. Pero el estilo se paga.

69. 1989 – Oscuro y trece grados

Para pagarlo, vendió tierra.

Primero los campos y luego el bosque. Lo que había sostenido Aalholm durante setecientos años se fue a trozos hasta quedar más o menos a la mitad. Los coches costaban, el pueblo de las dunas costaba, el yate costaba. La vida costaba, y el barón había decidido vivirla.

En 1989 la bodega se fue a Christie's.

Era famosa: oscura, trece grados y una fortuna en añadas antiguas que generaciones de condes habían ido guardando como hombres que sabían lo que bebían. Burdeos de los grandes años y borgoñas que ya no se encontraban. Las fuentes la llaman *el vino millonario del barón*. Se esfumó en dos horas bajo el martillo en Londres, botella a botella, para coleccionistas de medio mundo que no tenían ni idea de que estaban comprando un trozo de Lolland.

Imagínenselo esa noche, solo en la bodega vacía con una lámpara en la mano, entre estantes donde el polvo todavía tenía forma de botella. Tenía ochenta y cinco años. No se había arrepentido de nada. Seguía sin arrepentirse.

70. 1990–1991 – El túnel y el tesoro

De Aalholm sale un túnel.

Lo sabe toda la comarca. Pasa por debajo de la albufera hasta el

pueblo, dicen unos. Hasta la iglesia, dicen otros, hasta la capilla donde descansa Emerentia. Hasta la Isla de la Reina Viuda. Hasta Bramsløkke. Lo cavaron en la Edad Media para que huyera el rey, o en 1658 para que se escapara el gobernador, o lo cavó el conde loco por gusto. En 1990 se volvió a hablar de él, como cada diez años. Nadie lo ha encontrado nunca. Todo el mundo está seguro de que existe.

Pero en 1991 se encontró algo de verdad.

El musicólogo Jens Henrik Koudal vino a Aalholm porque le habían hablado de un libro de música antiguo en una vitrina, y la visita lo llevó a la torre suroeste. Allí, en un cuarto donde no entraba nadie desde hacía décadas, había un tesoro: unas doscientas veinticinco obras musicales, manuscritas e impresas… y en medio, el diario del conde Otto Ludvig Raben, seiscientas páginas en francés que ningún inventario había mencionado jamás. Doscientos años a oscuras, y un buen día, la luz.

El túnel no existe. Las partituras, sí. Así es Aalholm: rara vez se encuentra lo que se busca. Pero muchas veces, algo mejor.

71. 1992–1996 – La herencia envenenada

El barón murió en febrero de 1992. Tenía ochenta y ocho años y había vivido cincuenta y nueve en Aalholm.

El castillo no fue para el hijo mayor. El padre se había peleado con Frederik y lo había borrado como heredero de la finca, así que

Aalholm fue para el pequeño, John Otto Raben-Levetzau, nacido en Hellerup en 1950, casado con Merete desde 1976 y padre de tres hijas: Amalie, Julie y Alexandra Constance *Emerentia*. El último nombre apuntaba a la mujer que compró el castillo en 1725. La familia sabía quién era.

No eran nuevos en la casa: los catálogos del museo muestran que desde 1975 el turismo ya era cosa de familia. Pero lo que John heredó en 1992 fue una economía que el tren de vida del padre había dejado seca: una finca reducida a la mitad, una deuda que ya pesaba y un impuesto de sucesiones de unos seis millones de coronas, aparte de lo que les tocaba a la viuda y a los otros hijos. El Folketidende lo bautizó en 1995 como *El hijo del barón que recibió la pesada herencia*. No era broma.

Aun así, abrieron las puertas. La familia vivía en el ala oeste y llevaba a los visitantes por *nuestro salón privado con las fotos de familia* hasta la habitación donde habían dormido el káiser y el rey de Inglaterra. Los muebles dorados Luis XVI se sacaron al salón de té, donde lucían más. Merete encontró la caja de pinturas de la condesa Suzanne y montó otra vez el estudio en el ala de la torre. En la cocina vieja se pulió hasta el último cazo de cobre, y una foto muestra a la pareja catando *la salsa del día*. Otra muestra a la familia delante de la oficina de la finca con la poni Cirkeline, que *siempre está*. En mayo de 1993 se fotografiaron en lo alto de la torre el día de la apertura; la barandilla todavía no era segura para el público.

El folleto de 1993 empezaba así: *Nuestra familia vive aquí*

desde 1725. Y terminaba con una frase que hoy suena a plegaria: *Hacemos lo que podemos para que Aalholm siga siendo de la familia*.

Sería fácil contar esos años como una caída sin freno. Pero las fuentes dicen otra cosa: una familia probando varios caminos a la vez. John se llevó un aserradero que perdía dinero de Jutlandia a Letonia y lo hizo rentable. En 1994 se hizo una subasta para tener liquidez. Se intentó tirar del turismo. Pero las temporadas de 1994 y 1995 fueron malas. El 12 de agosto de 1995 John le dijo al periódico que entendía perfectamente por qué no venía la gente.

Diecinueve días después, el 31 de agosto, la suspensión de pagos estaba en portada. Al día siguiente una foto muestra a Merete y John leyendo el periódico con detenimiento antes de salir en la tele. Mucha gente se ofreció a ayudar. El otoño fue una carrera contra el reloj: un proyecto de molinos de viento, el sí dividido de un ayuntamiento y las pegas de la provincia. El 1 de diciembre John dijo lo que reconocerá cualquiera que haya pasado por lo mismo: la incertidumbre te mata. La Navidad de 1995 se celebró en el castillo con jubilados de invitados. Fue la última.

En enero de 1996 Aalholm se vendió a Stig Husted-Andersen. *Se acabó la era de la dinastía de Ålholm*, tituló el periódico. Los coches eran de una fundación y no entraban en la venta. El mobiliario se vendería aparte, para las tres hijas, que —se escribió— tendrían que esperar muchos años a sus millones.

Del 20 al 23 de mayo de 1996 llegó Sotheby's. 2.209 lotes: las camas con dosel, los cuadros, el cuero dorado, la porcelana y la plata, todo el decorado de Holm para emperadores y reyes, con números y estimaciones, vendido por unos 21,6 millones de coronas. Los compradores, catálogo en mano, recorrían los salones de gala; el órgano del vestíbulo callaba y Koryot miraba con su jarra desde la pared. El archivo de Nysted guarda todavía las tarjetas de entrada de John y Merete a su propia subasta. Una revista los citó: *Hemos llorado muchas lágrimas amargas*.

Martillazo sobre una época, dicen las fuentes. Después de doscientos setenta años, la novena generación tuvo que dejar la isla plana de la albufera.

John y Merete se instalaron en Inglaterra con las niñas. John rehízo su vida en el mundo que mejor conocía —los coches antiguos— como representante de Bonhams para Escandinavia. Justo en el negocio que le había costado la finca a la familia. Murió en Inglaterra el 3 de enero de 2013 y lo despidieron desde la iglesia de Nysted. La iglesia estaba llena.

La Dama Blanca, dice la leyenda, solo aparece cuando el señor no tiene hijos. John tenía tres. Uno se pregunta qué pensó Emerentia el día en que los camiones de la mudanza esperaban en el dique. Si entendió que el condado para siempre jamás se había acabado, no por falta de heredero, sino por falta de dinero. Y si se quedó mirando a la pequeña, la que llevaba su nombre.

72. 1997 – Dinero de cerveza para Aalholm

El 8 de febrero de 1996 cruzaron el dique tres archiveros. La archivera provincial Grethe Ilsøe venía con Erik Nørr e Inge Bundsgaard. La pregunta era si se podía salvar el archivo del castillo.

Lo que encontraron le hizo escribir un informe preocupado al archivero nacional: *El local tiene mucha humedad, está sucio y no tiene calefacción.* Unos cuantos expedientes viejos en un armario, protocolos tirados de cualquier manera en las baldas… y casi todo en montones en el suelo, mezclado con libros de la biblioteca. Erik Nørr lo describiría después como un basurero con estratos bastante claros: arriba, las capas nuevas, con revistas semanales al lado de un libro de tierras del siglo XVIII.

Allí estaban siglos de Aalholm: las cuentas, los contratos de los campesinos, los papeles de los condes, las notas de viaje de Frederik Christian y los nombres de gente a la que nadie retrató nunca, en libros de prestaciones donde a veces un nombre es la única puerta a una vida.

Y no había tiempo. John iba camino de la quiebra, y el archivo corría peligro de acabar repartido a los cuatro vientos. Cinco años antes, el hallazgo de la torre había dejado claro lo que podían esconder esos montones.

John quería que el archivo siguiera entero y fuera al Archivo Provincial. Pero también quería asegurar el futuro de sus hijas y pedía un precio razonable. Hacía falta una solución que salvara

los papeles y que una familia que lo estaba perdiendo todo pudiera aceptar. Mientras tanto, los papeles seguían cogiendo humedad.

El barón aceptó que lo más importante se llevara a Copenhague para catalogarlo. Tres semanas después de la visita fueron a recogerlo, en los últimos días en que la familia vivió en el castillo. Imaginen el pasillo: en una punta, cajas de mudanza para Inglaterra; en la otra, cajas de archivo para Copenhague. Una familia se marchaba después de doscientos setenta años, y su memoria escrita se iba con ella, solo que a otro sitio.

En Copenhague se pactó un precio, y la Fundación Carlsberg pagó. El 18 de abril de 1997 el Lolland-Falsters Folketidende tituló: *Dinero de cerveza para Ålholm*. Ciento cincuenta mil coronas por lo que quedaba del archivo de la finca.

El titular era alegre. Detrás había un cuarto helado, una familia con las maletas hechas y un trato cerrado justo cuando se acababa una época. Ese dinero no podía mantener unido el viejo mundo de Aalholm. Pero hizo que siguiera pudiendo contar su historia. Buena parte de este libro existe porque tres personas, un día de febrero de 1996, entraron en un cuarto helado y miraron lo que había tirado en el suelo.

EPÍLOGO: LA CUARTA CAMPAÑA

73. 1995–2012 – El multimillonario que coleccionaba castillos

El comprador, en enero de 1996, fue Stig Husted-Andersen.

Era un hombre discreto, un multimillonario al que nadie conocía de verdad y que coleccionaba casas señoriales y chalés de la costa como otros coleccionan sellos. Compró Aalholm y lo dejó dormir. No vivió allí ni cambió nada. El castillo que había recibido a reyes y emperadores entró en una especie de siesta larga: con dueño y bien cuidado, pero sin señores.

Murió en 2008, y sus tres hijas siguieron adelante. En 2002 los investigadores habían encontrado las colecciones de los condes —el herbario, los pájaros y los fósiles—, desperdigadas por los museos del país, pero todavía rastreables hasta la torre de Lolland.

En 2012 cayó el último martillazo: los coches se fueron de Aalholm. Trescientos vehículos, la colección de toda una vida,

cuarenta años en exposición, salieron a subasta y se repartieron a los cuatro vientos. El Rolls-Royce que el chófer había llevado a Cannes se fue encima de un camión. Detrás del secadero de grano solo quedó el vacío.

74. 2019 – Después de 2019

En 2019 Bo Bendtsen compró el castillo con unas cinco mil hectáreas de tierra y bosque.

Es la cuarta gran campaña de la historia de Aalholm, dicen las fuentes. La primera fue la de los reyes, que querían cerrar el reino por el sur. La segunda, la de los condes: el oro de Emerentia, el ala de Otto Ludvig, el parque de Frederik Christian y el teatro de Holm. La tercera, la del barón: los coches, el tren y los visitantes. La cuarta está en marcha. Se pueden alquilar las casas, casarse en los salones, cazar en el bosque de Roden… y leer la historia del castillo año a año en una web que se ha convertido en su nueva pintura mural.

Lindholm, la islita deshabitada de la laguna de detrás de Rødsand, sigue siendo de la finca. Y las anguilas siguen volviendo cada otoño.

75. Hoy – Los que se quedaron

En algún momento de la Edad Media hubo en Aalholm un gobernador llamado Johan Frille. Las fatigas de la guerra lo

habían dejado tullido.

Le dolía no poder montar ya en su buen caballo. Así que exigió que el caballo —ensillado, con brida y estribos— lo siguiera a todas partes: por los pasillos, por los salones y escaleras arriba y abajo. Un hombre tullido en una silla y detrás un caballo enjaezado, fuera adonde fuera, para al menos oír los cascos.

La leyenda dice que el caballo de don Johan Frille sigue rondando Aalholm. Se le oye de noche, dice la gente, golpeando con los cascos las baldosas de un pasillo donde no hay caballo ninguno. Busca a su amo. O a lo mejor todavía lo sigue.

Christoffer Koryot sigue en la pared de la sala este, con su gorro de bufón y su jarra, debajo del rey, la reina y todos los consejeros, riéndose de todos ellos como lleva haciendo desde 1585.

Cristóbal II ya no está en el sótano. Pero los que bajan notan un silencio raro.

Y Emerentia von Levetzau, que compró un castillo por 94.929 rigsdaler y fundó un condado para siempre jamás, sigue haciendo su ronda por los pasillos largos cuando falta un heredero. Vigila. Lleva trescientos años haciéndolo.

Si pasea hoy, no lo sabe nadie. Lo que sí se sabe es que el castillo sigue ahí, en el islote plano de la albufera donde el agua salada se encuentra con la dulce: rojo, pesado… y sin embargo, visto desde el sur con la luz de la tarde, cuando el sol se cuela entre los árboles por encima de los viejos muros, sonriendo.

Un día un rey se plantó aquí y solo vio ángulos de tiro.

La belleza vino después. Pero vino.

Todas las historias-fuente, año a año, en aalholmslot.dk/slot/historie.

CLAVE DE FUENTES

Bajo la Corona

- 1195 Refshaleborg · 1256 Borgen fødes → Prólogo
- 1329 Forliget i Ringsted → cap. 1
- 1330 Grevens gave til præsterne → cap. 2
- 1332 Christoffer 2. i fangekælderen → cap. 3
- 1342 “Kongens grove anmasselse” · 1346 Valdemar genvinder · 1360 Hertugen holder hof → cap. 4
- 1359 Da Valdemar Atterdag greb ind fra Aalholm → cap. 5
- 1362 Topmøde · 1366 Ålholm-traktaten → cap. 6
- 1366 Fangerne, prinsessen og de fire skrivere → cap. 7
- 1368 Manden der talte sig fra en belejring → cap. 8
- 1376 To konger, én krone → cap. 9
- 1377 Kejseren stævner høvedsmanden → cap. 10
- 1394 Nordens mægtigste kvinde → cap. 11
- 1394 Fredsmæglerne, der selv blev taget til fange → cap. 12
- 1409 Nysted sættes fri · 1438 Hertug Barnim · 1445 Den 15-årige brud · 1454 Christian I · 1471 Dorothea får pant

→ cap. 13

- 1423 Aalholms lensmand og alliancen, der skulle vare evigt → cap. 14
- 1460 Enkedronningernes livgeding → cap. 15
- 1503 Kong Hans → cap. 16
- 1516 Christian II · 1526 Frederik I → cap. 17
- 1517 Aalholms lensmand og Dyvekes død → cap. 18
- 1533 Bønderne dræber fogeden · 1534 Nysted stormer slottet → cap. 19
- 1538 De sidste gråbrødre · 1551 Christian III vinder tilbage → cap. 20
- 1556 Christian 3. udsteder brev fra Aalholm → cap. 21
- 1559 Bønderne og den afsatte konges brev → cap. 22
- 1581 Østfløjen og kongeparret på væggen → cap. 23
- 1588 Sophies kopibøger · 1594 Enkedronningens ø → cap. 24
- 1628 Krigsfanger · 1634 Troldkvinden → cap. 25
- 1658 Over isen → cap. 26
- 1658 De glemte år · 1671 Brøstfældigheden · 1725 Kongen sælger → cap. 27
- 1662 Aalholm Amt → cap. 28
- 1717 Færgemandens puddermonopol → cap. 29
- 1719 Fire ryttere i Aalholms fængsel → cap. 30

Bajo la nobleza

- 1725 Grevernes genrejsning · 1734 Enken, drengegreven og grevskabet → cap. 31–32

- 1749 Grevens dagbog · 1775 Opdragelsesbogen · 1779 Den gamle borg bliver moderne → cap. 33
- 1765 Grevens sæler → cap. 34
- 1770 Grevens hemmelige kode → cap. 35
- 1791 Frederik Christian Raben · 1821 Gejrfuglen → cap. 36
- 1830 Antikvarerne opdager Aalholm → cap. 37
- 1838 Gregers Christian Raben → cap. 38 y 44
- 1843 Christian VIII og Caroline Amalie → cap. 39
- 1864 De tolv på kirkegården → cap. 40
- 1865 Den gale greve på Rydhave → cap. 41
- 1869 Gamle danske Minder → cap. 42
- 1874 Andreas Munch → cap. 43
- 1880 Den blinde historiker · 1881 Højesteret → cap. 45
- 1884 Fasanerne → cap. 47 · 1885 Kongeørnene → cap. 48
- 1889 Slottet får sit ansigt · 1890 Grevindens Ø → cap. 46 y 49
- 1890 Parforcejagten → cap. 50
- 1891 Prinsen af Siam · 1902 Prinseparret · 1906 Kongebesøget · 1908 Kejseren og kongen → cap. 51
- 1901 Nysted-krøniken → cap. 52
- 1903 Hedebondens søn – et år på Ålholm → cap. 53
- 1905 Udenrigsministeren → cap. 54
- 1905 Norges konge → cap. 55
- 1908 Greven går til kongen → cap. 56
- 1909 Jubilæumsbogen → cap. 57

- 1913 Christian X set fra huslærerens vindue → cap. 58
- 1915 Telefonen · 1918 Bjørnehuset · 1919 Den Engelske Skole · 1921 Lensafløsningen → cap. 59
- 1920 Danske Herregaarde ved 1920 → cap. 60
- 1931 Tholle om slotshaven → cap. 61
- 1933 Christian X siger farvel → cap. 62
- 1938 Spøgelseshesten, den hvide dame og hofnarren → cap. 23, 32, 38 y 75
- 1940 Baronen · 1945 Flygtningene · 1955 Krigens børn → cap. 63
- 1944 Filmen om Sydhavsøerne → cap. 64
- 1964 Rolls-Roycen bag korntørreriet · 1972 Slottet som museum → cap. 65
- 1965 Chr. Axel Jensen → cap. 66
- 1968 Stubberup Strand Bane · 1976 Filmholdene · 1989 Flyvepladsen → cap. 67
- 1989 Vinkælderen hos Christie's → cap. 69
- 1990 Den hemmelige tunnel · 1991 Nodefundet → cap. 70
- 1992 Den sidste familie · 1995 Slægtsbesiddelsen slutter → cap. 71

El presente

- 1995 Stig Husted-Andersen · 2002 Grevernes samlinger · 2008 Tre søstre · 2012 Bilerne forlader → cap. 73
- 1996 Den store auktion → cap. 71
- 1997 Ølpenge til Aalholm: Arkivet blev reddet → cap. 72
- 2019 Den fjerde kampagne → cap. 74